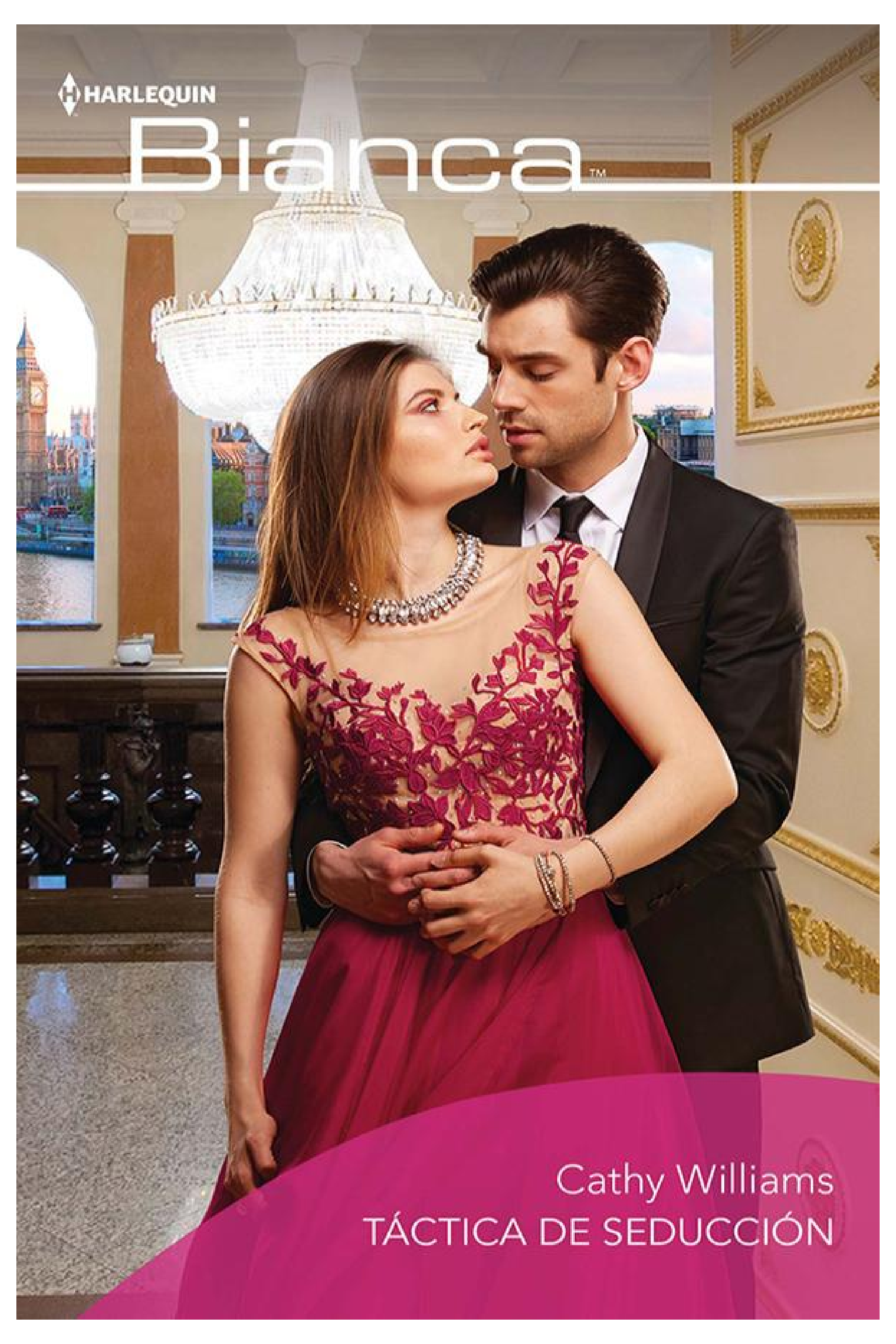

HARLEQUIN
Bianca™
Cathy Williams
TÁCTICA DE SEDUCCIÓN

Bianca®

TÁCTICA DE SEDUCCIÓN

Cathy Williams

HARLEQUIN™

Capítulo 1

HAY UN problema –declaró el hombre de mediana edad que estaba sentado enfrente de Arturo da Costa sin más preámbulos.

Art se echó hacia atrás en la silla, cruzó los dedos de las manos sobre su estómago y miró fijamente a Harold Simpson, un hombre que solía ser tranquilo y moderado, y que hacía tan bien su trabajo que jamás le había oído decir antes que tuviese un problema. Dirigía el amplio departamento jurídico de su creciente imperio con una eficiencia impecable.

Así que Art frunció el ceño al oír aquello y pospuso mentalmente la reunión que tenía media hora después, dando por hecho que la conversación iba a durar más de lo que había calculado.

–Cuéntame –le pidió, sabiendo que Harold no estaba entre los que se sentían intimidados por su arrogante e impredecible jefe.

–Se trata del proyecto de Gloucester.

–¿Cuál es el problema? Tenemos todos los permisos. El dinero ha cambiado ya de manos. Todo está firmado.

–Ojalá fuese tan sencillo.

–No entiendo dónde está la complejidad, Harold.

–Supongo que la palabra «complejidad» no es la correcta en este contexto, Art. Yo, más bien, describiría la situación como molesta.

–No te entiendo –admitió Art, inclinándose hacia delante–. ¿Acaso no te pago para que te ocupes de todos los posibles problemas?

Harold cambió el gesto al escuchar aquella reprimenda y Art sonrió.

–Han hecho una sentada.

–¿Qué?

En vez de responder, Harold abrió su ordenador portátil y lo giró hacia su jefe. Después esperó a ver su reacción, una reacción que habría hecho buscar refugio al hombre más valiente.

Cólera.

Art miró el artículo de prensa que tenía delante. Era de un periódico local que no debía de leer casi nadie y que cubría una zona en la que debían de vivir más ovejas que seres humanos, pero que, no obstante, tendría repercusión.

Apretó los labios y volvió a leer el artículo, tomándose su tiempo. Después estudió la fotografía en blanco y negro que lo acompañaba. Una sentada, personas protestando, pancartas,

mensajes moralistas acerca de los crueles promotores que pretendían saquear la zona. En otras palabras, él.

–¿Y te has enterado ahora? –preguntó, mirando hacia lo lejos, pensativo, sabiendo que iba a empezar a dolerle la cabeza.

–Se estaba cociendo –comentó Harold, cerrando el ordenador–, pero pensé que podría controlar la situación. Por desgracia, la abogada que trabaja para los manifestantes está decidida a ponernos todos los obstáculos posibles. El problema es que, en una comunidad tan pequeña, aunque pierda el caso, que lo va a perder, porque, tal y como tú has dicho, lo hemos hecho todo bien, las consecuencias podrían… afectarnos.

–Admiro tu manera de utilizar los eufemismos, Harold.

–Podrían hacer que una urbanización de lujo que en circunstancias normales se vendería en un abrir y cerrar de ojos gracias a la apertura de la estación ferroviaria a tan solo unos kilómetros, se quedase vacía. Van a pelear por que no se construya en espacios verdes y les da igual ganar o perder. El caso es que a los ricos que viven en casas caras les gusta mezclarse con los habitantes locales y convertirse en pilares de la comunidad y no van a querer que el bar del pueblo se quede en silencio cada vez que ellos entren, ni que les tiren huevos podridos a las paredes en mitad de la noche.

–No sabía que tuvieses tanta imaginación, Harold –comentó Art en tono divertido, a pesar de saber que su abogado tenía toda la razón–. ¿Y cómo se llama la abogada?

–Rose Tremain.

–¿Señorita o señora Tremain?

–Señorita, sin duda.

–Ya entiendo lo que ocurre. ¿No tienes una fotografía? ¿Has hecho una búsqueda por Internet?

–No le gustan las redes sociales para uso propio –le dijo Harold con cierta admiración.

Art arqueó las cejas.

–No tiene ninguna cuenta en las redes sociales… Lo sé porque ya he pedido que lo averigüen para poder saber algo más de ella, pero no ha habido suerte. Hay noticias acerca de casos que ha llevado en el pasado, pero nada de información personal. Yo solo he hablado por teléfono con ella hasta el momento y, por supuesto, he intercambiado algún correo electrónico. Te podría dar mi impresión personal…

–Soy todo oídos.

–No se va a dejar comprar –anunció Harold sin más.

Aquella habría sido la primera opción de Art.

–Todo el mundo tiene un precio –murmuró este–. ¿Seguro que no tienes ninguna fotografía?

–Solo aparece en una noticia de la semana pasada.

–Vamos a echarle un vistazo –sugirió Art.

Harold buscó entre los documentos que tenía encima de la mesa.

Art miró la fotografía. Efectivamente, debía de estar soltera y tenía aspecto de hippy feminista que pretendía salvar el mundo. Era una fotografía de una de las manifestaciones, con la gente sentada, con pancartas y parafernalia suficiente como para pensar que no se iban a mover de allí. Art dudó que se hubiesen mostrado tan tenaces en invierno, pero era verano.

Y fuese lo que fuese lo que aquella abogada morena les hubiese dicho, los había convencido, porque todo el mundo parecía tan indignado como ella.

Estudió a la señorita Rose Tremain, que señalaba a alguien con el dedo, iba despeinada y andrajosa. Art estaba acostumbrado a salir con mujeres salidas de las pasarelas, amigas de diseñadores que cuando no estaban trabajando de modelos estaban en un centro de belleza poniéndose todavía más guapas.

Aquella mujer no se iba a vender por dinero, pero había muchas maneras de atrapar a un gato…

–Así que no se la puede comprar –murmuró–. Bueno, habrá que encontrar otra manera de convencerla de que deje el caso y saque a esas personas de mis tierras. Cada día que perdemos, me cuesta dinero.

Sin dejar de mirar la fotografía, llamó a su secretaria y le pidió que pospusiese todas las reuniones de las dos próximas semanas.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Harold con incredulidad, incapaz de creer que su jefe, adicto al trabajo, fuese a tomarse dos semanas libres.

–Me voy a tomar unas vacaciones –le dijo Art sonriendo–, pero sin dejar de trabajar. Tú vas a ser el único que tenga esta información, Harold, así que no se lo cuentes a nadie. Si existe una causa, salvar a las ballenas o sea la que sea, a la que pueda contribuir generosamente para que la señorita Tremain cambie de idea, voy a averiguarla.

–¿Cómo? Si pretendes hacer algo ilegal, Art…

–Por favor –respondió él, riéndose–. ¿Ilegal?

–Bueno, poco ético.

–Eso depende, amigo mío, de lo que uno considere como poco ético…

–Ha venido alguien a verte, Rose.

Rose levantó la vista al oír a la chica que estaba en la puerta del despacho que compartía con Phil. Trabajaban en una oficina bastante grande en el bajo de la casa de estilo victoriano en la que también vivía, pero estaba bien así.

Con el alquiler que le pagaban Phil y dos personas más a las que había alquilado oficinas, donde se celebraban reuniones del club de jardinería y de bridge una vez por semana y se reunían también madres con sus hijos dos veces por semana, cubría los gastos de la casa que había heredado de su madre cinco años antes.

En ocasiones pensaba que sería agradable poder separar el trabajo de su vida personal, pero, por otra parte, no perdía tiempo en desplazamientos, así que no se podía quejar.

–¿Quién es, Angie?

Llegaba en mal momento. Era media tarde y todavía tenía mucho por hacer. Le habían salido tres casos casi al mismo tiempo y todos eran complicados, de legislación laboral, su especialidad.

–Se trata del terreno.

–Ah. El terreno –repitió ella, poniéndose en pie y notando que tenía los músculos entumecidos.

Phil se dedicaba al derecho de propiedad y estaban compartiendo el caso.

Un caso que los estaba ocupando mucho más de lo que habían esperado porque a cierto magnate del mercado inmobiliario se le había ocurrido comprar sus zonas verdes para construir una urbanización.

Phil era relativamente nuevo en la zona, pero ella llevaba toda la vida viviendo en el pueblo y había adoptado la causa de buen grado.

De hecho, incluso había permitido que los manifestantes se reuniesen en su amplia cocina.

Y se sentía orgullosa de ello. No había nada que se le atragantase más que los grandes negocios y los empresarios multimillonarios que pensaban que podían hacer lo que quisiesen con la gente sencilla.

–¿Quieres que me ocupe yo? –le preguntó Phil, levantando la vista de su escritorio, que estaba tan desordenado como el de ella.

–No –le respondió Rose sonriendo.

Jamás habría soñado con tener un compañero de trabajo de tanta confianza.

A los treinta y tres años, Phil parecía un búho sobresaltado, con aquellas gafas circulares de metal y el rostro redondo, pero era más listo que el hambre y conseguía muchos casos nuevos.

–Si me han mandado a uno de sus abogados más experimentados, estoy dispuesta a enfrentarme con él. Me parece insultante que hasta ahora solo hayan enviado a jovencitos. Demuestra lo seguros que están de que nos van a poder ganar.

–Me gusta ver que confías en que vamos a ser capaces de hacer que se arrodillen ante nosotros –comentó Phil sonriendo–. DC Logistics es casi la dueña del mundo.

–Lo que no significa que vaya a ser también la dueña de este pedazo de tierra –replicó ella.

Intentó rehacerse el moño informal con el que empezaba siempre el día, pero se rindió al ver que su pelo tenía su propia causa.

Se miró en el espejo de plata que había entre dos estanterías llenas de libros jurídicos y estudió su rostro.

Nadie la había acusado nunca de ser guapa, así que hacía tiempo que Rose había aceptado que no lo era, que no encajaba en esa definición. Tenía un rostro fuerte e inteligente, la mandíbula firme, la nariz casi afilada y unos ojos marrones claros que eran, a su parecer, lo más bonito que tenía.

Todo lo demás… no estaba mal. Era un poco alta de más, un poco desgarbada y le faltaba pecho, pero no eran cosas por las que preocuparse, así que no se preocupaba.

–¡Venga! ¡Vamos a ver qué nos traen esta vez!

Le guiñó un ojo a Phil y asintió cuando Angie le dijo que había llevado al visitante a la cocina.

Y salió del despacho sin saber qué esperar.

Seguro que alguien con un exceso de peso, de dinero y de confianza.

Alguien a la altura de su carrera, con todo lo que conllevaba un puesto tan importante. Angie no le había dado pistas, era homosexual y nunca se fijaba en el sexo opuesto.

Rose solo tenía veintiocho años, pero las personas que aquella importante empresa había enviado hasta entonces a hablar con ella le habían parecido mucho más jóvenes.

Empujó la puerta de la cocina y se quedó allí parada unos segundos.

El hombre estaba de espaldas, mirando por la ventana hacia el jardín, que a su vez daba al campo.

Era alto, muy alto, mucho más alto que ella.

Y parecía estar bastante musculado. Tenía los hombros anchos y la cintura estrecha, y los pantalones vaqueros que llevaba puestos se pegaban a sus largas piernas.

¿Qué clase de abogado era aquel?

Confundida, Rose se aclaró la garganta para avisarlo de su presencia y el hombre se giró lentamente.

–Mi secretaria no me ha dicho su nombre, señor…

–Frank –respondió él.

Y se acercó despacio, cosa que molestó a Rose porque, al fin y al cabo, aquella era su casa y aquel hombre parecía dominar todo el espacio.

–Bien, señor Frank. Tengo entendido que está aquí por el tema del terreno.

Si su compañía piensa que esta estratagema va a funcionar, temo decepcionarlo, pero no.

Rose retrocedió porque sintió que lo tenía demasiado cerca y fue hacia la tetera, pensando después que tal vez debiera ofrecerle algo de beber.

–Siéntese si quiere –añadió–. Aparte los papeles.

–¿Qué estratagema?

Rose vio cómo leía las pancartas que estaban encima de la mesa de la cocina, tomaba una y la levantaba en silencio antes de volver a dejarla donde la había encontrado.

–¿Qué estratagema? –repitió.

–La de mandar a un abogado en pantalones vaqueros –replicó ella, mirándolo con desdén.

Consiguió mirarlo mal porque le parecía tan guapo que la ponía nerviosa.

Él se sentó, pero no como se sentaban los abogados, y eso también la molestó. Tenía las piernas completamente estiradas, parecía relajado, pero elegante al mismo tiempo, con unos vaqueros y un polo desgastados que Rose tuvo la sensación de que estaban hechos expresamente para él.

Le sirvió un café. Tenía aspecto de ser de los que tomaban el café solo, sin azúcar.

–¿Piensan que nos van a ablandar mandándonos a alguien en vaqueros?

¿Que nos van a engañar haciéndonos pensar que no es un abogado? –inquirió.

–Ah… –murmuró él–. Esa estratagema.

–Sí. Esa. Pues no va a funcionar. Mi equipo y yo estamos comprometidos con la causa y le puede decir a sus jefes que pretendemos luchar contra esa horrible urbanización hasta nuestro último aliento.

–Creo que sobrestima mi cualificación –respondió él, dando un

sorbo al café–. Excelente café, por cierto. No soy abogado, pero, si lo fuera, intentaría no ir siempre de traje de chaqueta.

–¿No es abogado? Entonces, ¿se puede saber quién es? Angie ha dicho que había venido por algo relativo al terreno.

–¿Angie es la chica con el pelo de punta y el pendiente en la nariz?

–Eso es. Y también es una secretaria extremadamente eficiente y un genio de la informática.

–Bueno, pues tenía razón en algo. He venido por lo del terreno. A unirme a la causa.

El plan de Art era muy sencillo. Se le había ocurrido en cuanto Harold le había informado de que no iba a conseguir solucionar el problema con dinero.

«Si no puedes vencerlos, únete a ellos».

Y había sabido qué esperar, pero, en persona, aquella mujer que lo miraba con el ceño fruncido no era tal y como se había imaginado.

No estaba seguro de qué tenía de diferente y, después de unos segundos, decidió que su imaginación le estaba jugando una mala pasada porque sí que iba vestida tal y como se había esperado, con unos pantalones anchos de colores estridentes. Muy prácticos, teniendo en cuenta la temperatura, pero nada favorecedores. Una camiseta holgada y unas sandalias también muy prácticas completaban el conjunto.

El pelo, muy rizado, parecía imposible de domar.

Pero aquella mujer tenía presencia y eso era algo que Art no podía negar.

No era guapa, no en el sentido convencional del término, pero era llamativa. Por primera vez en mucho tiempo, a Art se le había olvidado por un instante qué hacía allí, sentado en aquella cocina.

Y entonces había recordado que iba a unirse al grupo de personas que protestaban contra su urbanización. Así podría llegar hasta aquella mujer y convencerla, desde dentro, de que aquella era una batalla perdida.

Le haría cambiar de opinión o, mejor dicho, la haría entrar en razón, porque era evidente que no podía ganar aquella guerra.

Pero no podía utilizar tácticas represivas porque, tal y como Harold le había advertido, entrar con energía e intentar aplastar a la oposición tendría consecuencias catastróficas en una comunidad tan pequeña y unida como aquella.

Así que solo iba a hacer que viese su punto de vista y la mejor manera de hacerlo era desde dentro, tras haberse ganado su

confianza.

Necesitaba suavizar aquella revuelta porque tenía planes a largo plazo para el terreno, planes que incluían un alojamiento tutelado para su hermanastro autista, al que quería mucho.

No obstante, en vez de ir directo al terreno, había preferido presentarse primero a la mujer que se interponía en sus planes. Se le daban bien las mujeres y eran pocas las que no caían rendidas a sus encantos. La vanidad no era uno de sus defectos, era realista. ¿Por qué no utilizar ese encanto para llegar a aquella mujer?

Si fracasaba tendría que solucionar el problema desde su despacho, pero merecía la pena intentarlo.

Aquel era el motivo por el que se había tomado aquellas vacaciones sin precedentes. Y allí estaba.

Había empezado a dejarse crecer la barba y el pelo, y había cambiado los trajes a medida por los vaqueros desgastados y un polo negro.

–¿De verdad? –preguntó ella en tono cínico.

–De verdad. ¿Por qué duda?

–Porque no encaja en el perfil de manifestante que tenemos aquí.

–¿No? ¿Por qué no?

–En resumen, porque no tengo ni idea de quién es. No lo reconozco.

–¿Y conoce a todos los que protestan?

–A todos y, en la mayoría de los casos, a sus familias. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

–No –murmuró él, dándose cuenta de que no estaba preparado para aquella línea de ataque tan directa.

–¿Y de dónde es exactamente?

Él se encogió de hombros y cambió de postura en la silla. Estaba empezando a entender que las personas a las que había enviado allí hubiesen fracasado. En esos momentos, Rose lo miraba como si fuese sospechoso de algo o tuviese una enfermedad contagiosa.

–¿Acaso alguien puede decir de dónde es? ¿Exactamente? –repitió él, devolviéndole la pregunta.

Ella lo miró todavía peor.

–Sí. Todo el mundo. Yo soy de aquí y siempre he vivido aquí, salvo el tiempo que estuve en la universidad.

–Yo vivo la mayor parte del tiempo en Londres –respondió él, lo que era técnicamente cierto.

También solía rondar por hoteles de cinco estrellas de todo el mundo, que le pertenecían, o en una de las muchas casas que tenía,

aunque menos.

¿Quién disponía de tiempo para disfrutar de una casa frente al mar?

Por extraño que pareciese, aquella respuesta la satisfizo, porque su manera de mirarlo cambió.

–¿Y qué está haciendo aquí? –le preguntó con curiosidad–. Es decir, ¿por qué esta causa? Si no es de la zona, ¿qué más le da que destruyan esas tierras o no?

–«Destruir» son palabras mayores –respondió él, indignado, pero contuvo la ira y la miró con inocencia.

Era una mujer muy llamativa. De mirada felina y boca sensual. Y parecía inteligente, aunque esa no fuese una cualidad en la que él soliese fijarse en las mujeres, pero en aquella ocasión funcionaba, porque le estaba costando mucho esfuerzo apartar la mirada de ella.

Rose jugó con sus dedos para entretenerse, horrorizada al darse cuenta de que se estaba ruborizando. Aquel hombre la estaba mirando fijamente y su cuerpo reaccionaba de manera inesperada.

–Es la palabra más adecuada, dada la situación –replicó, más severamente de lo que pretendía.

Jamás había sido tan consciente de sus carencias y, de repente, se sentía con aquellos pantalones anchos, que tan cómodos le resultaban en verano, tan atractiva como si se hubiese envuelto en un par de cortinas.

Se recordó a sí misma que ni era modelo ni estaba en una pasarela. El hábito no hacía al monje…

Pero, por primera vez desde que tenía memoria, deseó ser algo más que una abogada que trabajaba duro en nombre de los desvalidos. Deseó ser sexy y atractiva, y que la quisiesen por su cuerpo y no por su cerebro.

–Han sido muchos los promotores que, a lo largo de los años, nos han ido quitando zonas verdes –añadió, intentando centrarse en la conversación–.

Llegan y convierten campos que disfrutan los amantes de la naturaleza desde hace cientos de años en estúpidos centros comerciales o bloques de oficinas.

Rose había esperado que aquel hombre se pusiese de su lado inmediatamente, pero lo vio guardar silencio y se preguntó qué estaría pasando por su cabeza.

–¿Y en este caso?

–DC Logistics es la peor de todas. ¡Y la más grande! Quieren construir una urbanización, pero me imagino que no le estoy contando nada que no sepa ya.

Lo que me lleva a volver a preguntarle por qué quiere unirse a la protesta.

–En ocasiones… –empezó Art, jugando con la verdad como si se tratase de arcilla para modelar–, las grandes promotoras necesitan comprender la importancia de trabajar en armonía con la naturaleza o dejar las cosas como están y, como bien ha dicho, DC Logistics es la madre de todas las promotoras.

Consiguió que no se notase lo orgulloso que estaba de ello. Cuando pensaba en el trabajo que había hecho levantando lo que quedaba de la empresa de su padre, después de cinco exmujeres y sus correspondientes pensiones, y convirtiéndola en la historia de éxito en la que se había convertido, no podía evitar sentirse muy bien.

Art había tenido que vivir la pesadilla de los errores de su padre y, cuando este había fallecido, varios años antes, se había propuesto volver a levantar el imperio de Emilio da Costa.

Por entonces había sido un hombre joven, recién salido de la universidad, pero decidido a devolver a la empresa el éxito que había tenido cuando su padre la había levantado, época en la que su madre, primera esposa de Emilio, todavía había estado viva.

Art había aprendido de la caótica vida de su padre que el amor era una pérdida de tiempo, y también había aprendido, gracias a su hermanastro, José, lo que era el cariño y la compasión. Y necesitaba aquel terreno para construirle un hogar a José.

–Sí, lo es –respondió Rose–. Así que es usted un idealista.

Su tono era de aprobación.

Art pensó que la última vez que había sido un idealista había sido cuando todavía creía en Papá Noel y en las hadas.

–En ese caso, está en el lugar correcto –añadió Rose, mirando a su alrededor–. Como es evidente, no dedico todo mi tiempo a esta causa. No puedo hacerlo. Pero intento hablar con sus defensores a diario.

–¿Cuál es su principal línea de trabajo?

–El derecho laboral –respondió ella, sonriendo.

Y Art se quedó sin aliento al ver aquella sonrisa. Cuando sonreía, aquella mujer era más que llamativa, era impresionante. Sintió por ella más deseo del que había sentido nunca, pero se dijo que era porque llevaba dos meses sin estar con una mujer. Porque aquella no era en absoluto su tipo, a él le gustaban rubias, con los ojos azules y personalidades más bien tranquilas, no le gustaban reivindicativas ni de las que pretendían salvar el mundo.

Y Rose Tremain no era nada tranquila.

Sin embargo… Siguió mirándola y continuó deseándola.

–¿Perdón? –preguntó, dándose cuenta de que le había preguntado algo.

–¿Que a qué se dedica usted?

–A esto y a aquello…

–¿A qué?

–¿Tiene tiempo? Porque podría tardar un buen rato.

–¿Podría tardar un buen rato en enumerar sus múltiples talentos? Desde luego, no es usted nada modesto, ¿no? –comentó Rose, arqueando las cejas, divertida.

Y Art sonrió despacio, muy despacio.

–Nunca he creído en la falsa modestia, me parece un signo de hipocresía.

Prefiero reconocer mis múltiples talentos y también mis… limitaciones.

–Bueno, no sé cómo se gana la vida –añadió ella, encogiéndose de hombros y poniéndose en pie–, pero, si todo se le da bien, que es lo que parece que quiere insinuar, nos va a ser muy útil aquí.

–¿Útil? ¿Cómo?

–Haciendo pequeños trabajos, no se alarme –le respondió Rose–. Aquí todo el mundo echa una mano. No se trata solo de pintar pancartas. Todos protestamos por el mismo motivo, sí, pero estamos en una comunidad pequeña, muy unida. Aquí todo el mundo aporta algo. Yo no cobro por representarlos, pero todos me ayudan a cambio. Tenemos un par de fontaneros, un electricista, y sin ellos no sé cuánto dinero me habría gastado ya en esta casa.

–Entonces, ¿esta casa es suya?

Art pensó que era un poco hipócrita pelear contra los ricos hombres de negocios que querían destruir su preciado campo siendo la dueña de aquella casa.

Se dijo que tendría que sacar el tema cuando llegase el momento adecuado.

–Sí, pero eso no importa –replicó ella en tono frío–. Lo que importa es que casi todo el pueblo está de acuerdo, menos el ayuntamiento, que quiere dar el permiso de obra. Así que, si quiere ayudarnos, seguro que encontrará muchas maneras de hacerlo, además de unirse a las sentadas, por supuesto. Ahora, ¿quiere que lo acompañe a la escena del crimen?

Capítulo 2

TIENE una casa muy bonita –comentó Art mientras salían de la desordenada cocina a otro espacio también lleno de cosas–. Es grande.

¿Alquila habitaciones?

Abrió una puerta que daba a una sala enorme y vio a un hombre mayor que tenía detrás, en la pared, una imagen de unas flores, una imagen borrosa, seguramente, porque el proyector parecía del siglo anterior. Todo el mundo se giró a mirar a Art y él saludó bruscamente antes de volver a cerrar la puerta con cuidado.

–Eso no es asunto suyo, señor Frank, seré yo quien haga las preguntas. Y, por favor, no explore la casa porque hay varias organizaciones que la utilizan para reunirse y dudo que les guste que usted vaya entrando a saludar. Salvo que tenga algo que aportar a un tema como es el cultivo de orquídeas.

–La verdad es que no sé nada de jardinería –admitió él mientras llegaban a la puerta delantera de la casa.

Se fijó en que casi todas las paredes estaban empapeladas de carteles con frases alentadoras. Se oían voces detrás de las puertas cerradas.

–Pues no sabe lo que se pierde. Es un pasatiempo muy relajante.

Art se echó a reír, él no hacía nunca actividades relajantes.

–Espere un momento –le dijo Rose, mirándolo fijamente, con los brazos en jarras–. Se me ha olvidado comentarle algo y será mejor que sea clara desde el principio.

–¿El qué?

–No sé quién es usted. No es de la zona y prefiero que sepa desde ya que no nos gustan los agitadores.

Él la miró en silencio.

Era Arturo da Costa. Un hombre temido y respetado internacionalmente.

Un hombre que podía conseguir lo que quisiese con tan solo chasquear los dedos. Un hombre al que todo el mundo escuchaba cuando hablaba, cuya presencia en una habitación hacía que los presentes guardasen silencio.

Y aquella mujer lo estaba acusando de ser un agitador en potencia.

–Agitadores –repitió él con incredulidad.

–Ya sabe –le dijo ella, saliendo de la casa y dirigiéndose hacia un

viejo todoterreno azul–, esos holgazanes que van de una manifestación a otra, buscando lío, por sus propios motivos ideológicos.

–Holgazanes… –repitió él con indignación.

–Bueno, no todos son holgazanes –admitió ella, subiéndose al volante del todoterreno y cerrando la puerta,

Encendió el motor, pero después se giró a mirarlo.

–Pero muchos de ellos son manifestantes de carrera, y le aseguro que no nos gustan. Nosotros somos pacíficos, solo queremos que se nos escuche y que llegue el mensaje que queremos transmitir, los matones no son bienvenidos.

–Es la primera vez en mi vida que se me acusa de ser un posible agitador.

O un matón…

–No se muestre tan sorprendido –le respondió ella sonriendo–. Son cosas que ocurren en el malvado mundo exterior.

–Ya, ya sé lo que ocurre en el malvado mundo exterior –murmuró él.

Y a ella se le erizó el vello de la nuca. Confinados en el todoterreno, su olor le resultaba casi embriagador.

–Y antes de que realice otra ultrajante acusación –añadió riéndose–, le adelantaré que nunca, nunca he hecho ni haré nada ilegal.

–No pretendía acusarlo de ser un criminal –le dijo ella, aclarándose la garganta–, aunque uno no es nunca lo suficientemente cauto. Baje la ventanilla si no quiere que esto se convierta en un horno.

–¿No tiene aire acondicionado?

–Esta reliquia casi ni anda –le explicó Rose en tono cariñoso antes de maniobrar con seguridad en el patio lleno de coches–. Supongo que si intentase encender el aire acondicionado dejaría de funcionar por completo.

–Podría comprar un coche nuevo.

–Teniendo en cuenta que se dedica usted a esto y a aquello, da la sensación de que piensa que el dinero crece en los árboles. Si me tocase la lotería me plantearía cambiar de coche, pero, hasta entonces, espero que este me dure mucho tiempo.

–¿No todos los abogados tienen dinero? –comentó él.

Rose se echó a reír y lo miró de reojo. Estaba apoyado en la puerta, girado para poder mirarla, y ella se preguntó cuántas mujeres habrían perdido la cabeza por culpa de aquellos ojos oscuros.

No solía ser romántica, pero su vocecita interior le advirtió que debía tener cuidado.

A Rose le entraron ganas de echarse a reír porque su última aventura amorosa había salido muy mal. Jack Shaw, un abogado al que había conocido en uno de los casos y con el que había creído conectar, la había decepcionado y solo habían estado juntos diez meses.

Rose sabía bien lo que funcionaba y lo que no en el amor. Lo había aprendido de niña. Y sabía lo que no le convenía.

Después de dos fracasos amorosos había decidido centrarse en defender buenas causas y olvidarse del amor.

–No todos los abogados son ricos –le respondió sin mirarlo, con la vista puesta en la carretera–. Yo no lo soy.

–¿Por qué no?

–Tal vez escogí la rama equivocada del Derecho –respondió, encogiéndose de hombros–. El derecho laboral no suele dar mucho dinero. No me quejo, vivo bien, sobre todo, teniendo en cuenta la cantidad de personas inteligentes que no encuentran trabajo.

–Siempre hay trabajo para las personas inteligentes.

–¿Es esa su experiencia? ¿Es una de esas personas inteligentes que encuentran trabajo con tanta facilidad que lo ha dejado para venir a unirse a una causa en la que no tiene ningún interés?

–¿Todavía sospecha de mis motivos?

–Me reservo mi opinión, aunque… entiendo que es fácil involucrarse cuando uno es amante de la naturaleza. Mire a su alrededor. Aquí sí que se puede respirar. La idea de entregar esto a una promotora, para que construya casas y corte los árboles, me resulta insoportable.

Art miró a su alrededor. Había mucho campo abierto a su alrededor, el paisaje era monótono, acres y acres de tierra, toda igual. Él nunca había sido un hombre de campo, le gustaba el bullicio de la ciudad, sentirse rodeado de actividad. Intentó emitir algún sonido de aprobación y entrecerró los ojos al ver a lo lejos el perímetro de su terreno.

–Entonces, ha vivido aquí toda la vida –murmuró–. Me imagino que parte de los manifestantes serán familiares suyos. ¿Hermanos, primos, o incluso sus padres?

–No –respondió Rose sin más.

Art detectó algo detrás de aquella breve respuesta. Aquella mujer hablaba poco de sí misma y no había información sobre ella en Internet. Él, que también era muy reservado con su vida privada, la admiró por ello.

–¿No procede de una familia extensa?

–¿Por qué me hace tantas preguntas? –inquirió ella–. ¿Y usted? ¿Tiene hermanos, primos? ¿Va a venir alguien de su familia a apoyarnos también?

–Es usted muy quisquillosa.

–No es mi intención, señor Frank.

–Pienso que deberíamos tutearnos, si le parece bien. Me llamo Arturo, puede llamarme Arthur si lo prefiere.

Era lo más cercano a la verdad que le podía ofrecer, su nombre y el apellido de soltera de su madre.

–Rose.

–Me temo que el tema de la familia es un asunto delicado para mí –admitió Rose, sonriendo de medio lado.

Su historia no era ningún secreto en la zona, así que se imaginó que, si el tal Arthur, o Arturo, que le sonaba mucho más exótico, se quedaba allí una temporada, antes o después alguien se la contaría.

Lo que no entendía era que hiciese tantas preguntas. ¿No debía haberle hecho más preguntas acerca de la tierra, no de ella?

No estaba comportándose de una manera lógica, al menos para ella, y eso hacía que Rose tuviese que ser cauta.

–Para mí también es un asunto delicado el de la familia –admitió él–. No tengo familia.

–¿No?

Acababan de llegar al lugar en el que realizaban las sentadas, pero Rose deseó prolongar aquella conversación.

–¿Te doy pena? –preguntó Arturo sonriendo y Rose parpadeó, desconcertada por su encanto.

–¿Deberías dármela? No tengo la sensación de que seas una persona que dé pena a los demás. ¿Cómo es que no tienes familia?

–En primer lugar, me tomaré como un cumplido que tengas la sensación de que soy un hombre dominante, que transmite respeto y admiración en vez de pena…

–¿He dicho yo eso? –preguntó Rose, divertida.

–Y, en segundo lugar, te lo contaré si tú me cuentas lo tuyo. Podríamos pasar la noche intercambiando confidencias… si quieres cenar conmigo. Me encantaría conocerte un poco mejor.

Ella sintió calor y lo miró con incredulidad, se quedó sin palabras.

–¿Tan prometedor te parece el comienzo que te has quedado sin habla? –le preguntó Arturo en tono divertido.

–No… es que… ¿Me estás pidiendo que salga contigo?

–Lo dices como si fuese la primera vez que te lo piden.

–No, no, pero… lo siento mucho, señor Frank, pero no puedo aceptar. No obstante, muchas gracias, me siento halagada.

–Arturo –la corrigió él, frunciendo el ceño–. ¿Por qué no?

–Porque… –balbució ella, alisándose el pelo, con la mirada clavada en el horizonte, sintiéndose como una colegiala.

–¿Por qué?

–Bueno, porque no me parece apropiado.

–¿Por qué no? Es posible que me una a vuestra causa, pero no eres mi jefa y no tenemos ningún conflicto de intereses.

–Yo…

Rose se humedeció los labios y, por fin, lo miró de reojo.

–No estás casada, ¿no? No llevas alianza.

–Muy observador, pero no se trata de eso.

–¿Tienes novio?

–No, pero eso no es asunto suyo, señor Frank. Arthur. Arturo. ¿Suele pedir salir así, cinco segundos después de haber conocido a una mujer?

–Si no lo hago, ¿cómo voy a conocerlas mejor? Así que si no estás casada ni tienes novio… ¿Eres homosexual?

–¡No!

Arturo sonrió y Rose sintió que le ardían las mejillas.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Estás muy seguro de ti mismo, ¿verdad? –le dijo Rose, detuvo el coche y abrió la puerta.

Hacía mucho calor aquella tarde.

Para llegar al lugar en el que los manifestantes habían instalado su campamento solo había que dar un paseo. De hecho, podrían haber llegado en coche hasta allí, pero era más sencillo aparcar e ir andando.

–¿Acaso es un delito? –preguntó él, que también había salido del coche y la estaba mirando, sonriendo.

–Nunca me han atraído los hombres demasiado seguros de sí mismos.

–Una observación retadora…

–¡No era esa mi intención! Has venido aquí… ¡a apoyarnos! Y no vamos a salir juntos porque… yo en estos momentos no estoy interesada en tener ningún tipo de relación.

–¿Quién ha hablado de tener una relación?

–Tampoco tengo aventuras –replicó Rose.

No podía creerse que estuviese manteniendo semejante conversación con aquel hombre que, sin duda, gracias a su aspecto y su carisma, podría tener a cualquier mujer.

¿Por qué se había fijado en ella?

No obstante, la sensación le gustó.

–Yo solo te he propuesto que cenemos juntos –murmuró Arturo.

Y Rose se volvió a ruborizar.

–Estás jugando conmigo –le dijo–. Y no me gusta.

Sus miradas se encontraron, pero Rose se negó a ser la primera en apartarla.

Arturo acababa de saber lo que era ser rechazado de manera educada.

–Háblame de la protesta –le pidió, cambiando de táctica–. ¿Cuántas personas hay involucradas?

–¿Has estado antes en una? –le preguntó ella.

–Sinceramente, no.

–Bueno, pues me alegro de que esta te motive lo suficiente como para no limitarte a quedarte en casa dándonos la razón. Muchas personas tienen ideas firmes acerca de algo, pero no hacen nada al respecto.

–¿Por qué decidiste dedicarte al derecho laboral en vez de escoger otra rama que estuviese mejor pagada?

–¡Porque el dinero no lo es todo! Y tengo la sensación de que en eso estamos de acuerdo.

–El dinero puede ser la causa de todos los males –admitió Art–, pero es de vital importancia para poder comer.

–Me gusta pensar que gracias a mi trabajo comen otras personas.

–¿Y siempre has trabajado por tu cuenta o has formado parte, alguna vez, de una gran empresa?

–Haces muchas preguntas, ¿no? –comentó ella, aunque le halagase su interés.

–Es la única manera de conocer a alguien –respondió él, ruborizándose también.

No obstante, estaba allí porque tenía un objetivo, porque quería que aquellas personas entendiesen su punto de vista.

La diversidad de opiniones siempre era algo muy valioso en la vida. Y dando sutilmente su punto de vista les estaría haciendo, tanto a Rose como al resto de los manifestantes, un gran favor.

–Casi veinticinco –dijo Rose mientras seguía andando deprisa.

–¿Veinticinco qué?

–Me has preguntado cuántas personas hay. Casi veinticinco, pero cada vez somos más.

–Y qué tiempo tan bueno estáis teniendo…

–Estarían aquí lloviese o hiciese sol –le informó Rose.

Él sonrió.

–Por supuesto. No hay nada peor que un manifestante que guarda la pancarta y corre al coche cuando empieza a llover.

–No sé cuándo hablas en serio y cuándo en broma –admitió Rose, deteniéndose a mirarlo.

–Acabo de hablar en serio –le aclaró él.

–¿Y cuánto tiempo tienes pensado quedarte aquí? –le preguntó ella.

–Unos días, tal vez más. Quizás una semana o dos.

–Para acompañar las palabras con acciones, me parece bien –comentó Rose sonriendo–. El campamento está ahí. Hemos conseguido tener agua corriente y electricidad. Ha sido una pesadilla, pero querer es poder y, como he dicho, hay muchas personas con mucho talento dispuestas a ayudarnos.

Art estudió el improvisado campamento en el que había tiendas y construcciones algo más sólidas y un baño portátil. Vio a niños jugando y a varios adultos ir y venir. Tenía que admitir que era un buen campamento, con un riachuelo en medio y rodeado de árboles y flores. No obstante, aquel campamento estaba en su terreno.

En cuanto se acercaron, Rose, que era una persona querida y admirada en la comunidad, se vio rodeada de jóvenes y ancianos que parecían reafirmarla en su fe en lo que estaban haciendo: salvar la tierra. Varias personas la llevaron a ver las nuevas pancartas, un tipo le habló de cierto tecnicismo jurídico y ella respondió con aplomo y gran interés a pesar de que Art tuvo la sensación de que contestaba a sus preguntas automáticamente.

Nadie se fijó en él.

Lo presentaron, eso sí, y también le enseñaron las pancartas.

–Muy artísticas –le dijo a una señora de mediana edad–. Me gustan los…

–¿Los dibujos? –preguntó ella, encantada–. Estoy intentando transmitir la idea de que este es un problema eterno, que surgirá siempre que a alguien le guste este terreno tanto como a nosotros.

–Muy bien.

–Supongo que ha venido a ayudar. Rose ha dicho que le interesa lo que está ocurriendo en este rincón del mundo.

–Me interesa mucho –respondió él con toda sinceridad.

El sol seguía calentando con fuerza sobre sus cabezas y él deseó poder permitirse un pequeño lujo. Por ejemplo, una ducha fría.

Había llevado poca ropa, metida en una bolsa de viaje que estaba en el todoterreno. Y el ordenador, porque no podía desconectarse del todo.

–Bueno –dijo Rose, volviendo a su lado–. Me he fijado en que no

has traído tienda.

–¿Cómo?

–Creo que me estoy precipitando. Has dicho que tenías pensado quedarte unos días y no has traído tienda, pero supongo que podrás compartir una. Sé que Rob, que está allí, tiene una tienda tan grande como una casa y seguro que estará encantado de compartirla con un compañero.

Art intentó no mostrarse horrorizado.

–No será necesario.

–¿Por qué no?

–Porque tengo algunos ahorros, así que puedo pagar un alojamiento… local.

–Pero ¿por qué? Sinceramente, el campamento es muy cómodo. A todo el mundo le gusta estar aquí.

–Y los aplaudo por ello, pero no es para mí.

–Es una tontería que te gastes el dinero en alojamiento. Sobre todo, porque, por si no lo sabías, este es un sitio muy turístico y los hoteles son muy caros y estarán llenos en verano.

Lo miró fijamente y añadió:

–Te creo cuando dices que no tienes antecedentes penales.

–No sabes lo aliviado que me siento.

–Y pienso que es ridículo que te gastes todo tu dinero aquí.

Rose se quedó en silencio varios minutos y él se preguntó en qué estaría pensando.

Pero no lo expresó en voz alta y, en su lugar, se dirigió de vuelta al todoterreno y, por el camino, le dieron unos papeles que prometió miraría más tarde.

–No tiene nada que ver con esto –le contó a Art cuando estuvieron de vuelta en el coche, ya en la carretera–. George está teniendo problemas con uno de sus empleados y quiere que lo aconseje, así que le he prometido echarle un vistazo al tema.

–Muy generoso por tu parte. Veo que eres muy popular.

Rose se echó a reír, divertida, y él no pudo evitar sonreír también.

No sabía qué preguntas debía hacer ni por dónde debía continuar para ganar aquella guerra. Solo podía mirar a aquella mujer y preguntarse por qué le resultaba tan atractiva.

–Como has rechazado mi invitación a cenar –empezó–, podrías llevarme al menos a la pensión más cercana y barata. Gracias por preocuparte por mis ahorros, pero me las arreglaré.

–No hay motivo por el que no puedas quedarte en mi casa.

–¿Tu casa?

Rose se echó a reír y lo miró de reojo.

–Es grande y puedes pagarme con tu trabajo. Hay que pintar dos habitaciones, un grifo que pierde agua y gotea constantemente…

–¿Quieres que arregle una fuga de agua y que pinte tu casa?

Art jamás había hecho nada parecido. Aquello no podía estar más lejos de su zona de confort.

–A cambio de alojamiento y comida. ¿Qué tal se te da cocinar?

–Es algo que siempre he intentado evitar.

–¿Cerramos el trato?

–¿Por qué vives en una casa tan grande si no te lo puedes permitir?

–Es una larga historia.

–Se me da bien escuchar. No hay nada que me guste más que una larga historia. Seguro que me la acabas contando, porque voy a aceptar tu generosa oferta.

Art se preguntó qué otros talentos pensaba Rose que tenía.

–Yo sé cocinar y, cuando me lo propongo, lo disfruto, pero normalmente estoy tan ocupada que me resulta una obligación más.

–Tal vez te arrepientas de haberme pedido que pinte una habitación –le dijo él–, pero lo intentaré. No obstante, insisto en pagar por el alojamiento.

–No seas tonto.

–Si no aceptas, me bajaré del coche ahora mismo y me marcharé de aquí.

Ella se humedeció los labios con la lengua.

–Es evidente que necesitas el dinero –continuó él en tono amable mientras llegaban a las afueras del pueblo–. Alquilas habitaciones y la casa se está viniendo abajo…

–Muy bien –dijo ella, sin apartar la mirada de la carretera–. En ese caso, aceptaré tu invitación a cenar siempre y cuando cocine yo.

–Trato hecho –respondió Art, relajándose.

La jugada no podía haberle salido mejor.

Hacer que la resistencia entrase en razón no iba a resultarle tan tedioso como se había imaginado al principio…

De hecho, Art estaba deseando romper con la rutina.

Capítulo 3

CUANDO volvieron a la casa reinaba el silencio. Los miembros del club de jardinería se habían marchado, lo mismo que el resto de las personas que alquilaban las habitaciones de la planta baja. Phil salió y mantuvo una conversación con Rose.

Mientras tanto, Art aprovechó la oportunidad para investigar.

Era una casa muy grande, pero destartalada. La pintura estaba desconchada, la moqueta de las escaleras estaba raída y la madera, agrietada.

Se metió en las habitaciones que se habían quedado vacías y vio que todas tenían un buen tamaño y estaban llenas de cosas.

Era imposible hacerse una idea de cómo habría sido aquella casa en los buenos tiempos.

–¿Ya has terminado de fisgar?

Art se giró. Rose había acabado de hablar con Phil, que estaba saliendo por la puerta maletín en mano y con una chaqueta de lino arrugada debajo del brazo.

–¿Cuáles son las habitaciones que hay que pintar? –respondió él.

–Están en el piso de arriba –le informó Rose, dirigiéndolo hacia la cocina donde, al parecer, nadie se había molestado en recoger–. Dime… ¿Qué te ha parecido nuestra pequeña banda de insurgentes?

–Me ha parecido que está bien organizada –respondió Art, sentándose en una de las sillas–, pero, solo por curiosidad, ¿cuánto tiempo pretenden quedarse allí y cuál es el objetivo final?

–Esa es una pregunta extraña –comentó ella, pensativa–. ¿Tu contribución a la causa depende de mi respuesta?

–Soy una persona muy práctica –le dijo él, y era cierto–. Y me gustaría

saber si existe alguna posibilidad real de que consigáis lo que queréis.

Rose suspiró.

–Tal vez no –tuvo que admitir–, pero espero que podamos cambiar algo, al menos, que la empresa recapacite acerca de la magnitud del proyecto. Van a destruir mucho campo y es evidente que el resultado final será una monstruosidad para el paisaje.

–¿Has visto los planos? –le preguntó Art con curiosidad.

–Por supuesto. Son todo casas para ricos.

–Supongo que la estación de tren…

–Tú eres el único que se ha parado a pensarlo, y eso que no eres

de la zona.

Todo el mundo piensa que el problema se terminará si formamos un frente unido, pero es un alivio hablar con alguien que es capaz de ver los inconvenientes. Aunque me resulte extraño que te interese el tema.

–Me preocupa, en general, el… campo.

–¿Y qué hay de otros problemas a mayor escala? ¿El cambio climático, la desaparición de los bosques tropicales, el *fracking* y el impacto en el cinturón verde?

Art estaba acostumbrado a tratar con mujeres muy profesionales, con las que trabajaba, o mujeres con las que salía. Por una parte, conversaba con sus compañeras con total desapego. Por otra, con las mujeres con las que salía… evidentemente lo hacía por el sexo, la relajación y el placer, pero no mantenía con ellas conversaciones profundas. Si había un grupo de mujeres con las que se podían mantener conversaciones serias y que, al mismo tiempo, eran sexis, no lo había conocido.

Hasta entonces…

Porque aquella mujer que no tenía pelos en la lengua le estaba empezando a resultar irresistible y no sabía por qué.

–Todo el mundo piensa en el panorama general, ¿no?

–Eso me gusta –murmuró Rose–. Supongo que tienes un trabajo que te permite desconectar cuando lo necesitas, marcharte a otra parte…

Se giró y empezó a sacar cosas para preparar la cena.

–Permite que pida comida a domicilio –le sugirió él.

Rose lo miró con incredulidad.

–¿Comida a domicilio?

–No quiero que te pongas a cocinar para mí.

–Los dos tenemos que comer, no te preocupes.

–¿Siempre eres tan hospitalaria con los desconocidos?

–Tú eres la excepción –respondió Rose sonriendo con timidez.

Era cierto que se relacionaba mucho con el sexo opuesto, con Phil y con otros hombres de la zona, pero aquello era diferente. Aquello le hizo recordar cómo se sentía cuando estaba con un hombre, y le estaba gustando la sensación.

Aunque se recordó que solo era un tipo agradable con el que compartía su visión de la vida.

Un tipo agradable y muy, muy atractivo.

–¿La excepción…?

Art la estudió con la mirada y ella se echó a reír. Parecía molesto, tal vez porque no había caído rendida inmediatamente a

sus pies. No había permitido que la invitase a cenar, tampoco había aceptado su ofrecimiento de pagarle la habitación y le había pedido que hiciese varias tareas para ella.

Probablemente, todo aquello era nuevo para él. Tal vez no tuviese mucho dinero, pero tenía estilo y un innegable atractivo sexual que, para la mayoría de las mujeres, debía de resultar irresistible.

Sus miradas se encontraron y Rose sintió que se le endurecían los pechos y le costaba respirar.

–Es el problema de vivir en una comunidad tan pequeña –comentó–.

Conoces a todo el mundo y es raro que aparezcan caras nuevas.

–Seguro que no.

–Bueno, en esta época del año hay muchos turistas, pero solo vienen a disfrutar del paisaje y del agradable ambiente del pueblo.

–En ese caso, debe de ser un poco aburrido.

–No, porque yo aquí no soy una abogada más. Aquí, puedo cambiar las cosas. Y no sé por qué te estoy contando esto.

–Porque soy una cara nueva y no habías mantenido una conversación con un desconocido desde que eras niña.

Rose se ruborizó y lo desafió con la mirada.

–No todos nacemos para ir de un lado a otro, lo que me recuerda que no me has contado cómo es que puedes permitirte pasar unos días aquí. Has dicho que te dedicas a esto y a lo otro, pero es evidente que no eres un obrero.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Para empezar, tus manos. No están lo suficientemente estropeadas.

–No estoy seguro de que eso sea un cumplido –le dijo él, mirándose las manos.

La última vez que había trabajado con ellas había sido de adolescente. Por aquel entonces, su padre había ido por su tercer divorcio.

–¿Trabajas en un despacho?

–Haces muchas preguntas.

–No más que tú –replicó ella, y Art le sonrió.

No había pensado en aquello y no se le había ocurrido que su presencia pudiese despertar sospechas. Tendría que revisar su plan.

–Me siento detrás de un escritorio de vez en cuando, sí. Y confieso que me interesan los detalles de la protesta, y qué motiva a las personas a dejar la comodidad de sus hogares para luchar por una causa.

–No eres periodista, ¿verdad?
–¿Sería un problema que lo fuera?
–Pues siento decirte que, personalmente, no los soporto –admitió ella con total sinceridad–. Son curiosos e indiscretos, pero los mejores a la hora de mandar un mensaje al público.
–Son volubles –contraatacó él–. Piensas que están de tu parte y, si te abres, es fácil llevarse una decepción. Si vas a preparar tú la cena, permite al menos que te ayude.
–De acuerdo. Puedes cortar la verdura mientras me cuentas por qué te interesa tanto lo que está ocurriendo aquí.
Rose abrió la nevera y sacó verduras, después tomó un par de tablas de cortar y le hizo un gesto a Art para que se colocase a su lado.
–Yo me gano la vida haciendo preguntas –añadió, sonriendo, pero sin mirarlo–. Así que perdóname si te hago demasiadas.
Art miró las cebollas y los tomates que tenía delante. Levantó el cuchillo y empezó a cortarlos como pudo. No se dio cuenta de que Rose lo había dejado todo para mirarlo hasta que comentó en tono divertido:
–No tienes ni idea de lo que estás haciendo, ¿verdad?
–Estas malditas cosas están haciendo que me piquen los ojos.
–Sí, tienen esa mala costumbre –comentó Rose–. Por cierto, tienes que cortarlas mucho más pequeñas.
–Te estás divirtiendo a mi costa, ¿verdad?
–Estoy pensando que no sabes mucho de cocina.
–Ya te he dicho que es una actividad que nunca me ha atraído.
–¿Ni siquiera cuando se trata de relajarte y disfrutar?
–Es algo que no he hecho nunca –admitió, decidiendo dejar las cebollas y ponerse con los tomates–. No soy hogareño.
–¿Qué quiere decir eso?
–Que no suelo compartir este tipo de momentos.
–¿Por qué?
–Tampoco me gusta responder a preguntas personales.
Rose se ruborizó. Art la miró a los ojos y vio que se sonrojaba todavía más.
Ella apartó la mirada y continuó cortando verduras.
–Así que no te gusta cocinar con tu pareja, ni ver la televisión en el sofá, debajo de una manta… –dijo ella, girándose y mirándolo de nuevo–. Ni te gustan las preguntas personales. Supongo que tampoco te prestas a jugar a las familias felices con nadie.
–Más o menos –respondió él, encogiéndose de hombros.
–No quieres que ninguna mujer piense que vas a tener con ella

una relación estable porque le tienes fobia al compromiso.

–Podría mentirte y decirte que estás equivocada –le dijo él–, pero no sería justo.

–Me gusta –le respondió ella, sin apartar la vista de él.

–¿El qué?

–La sinceridad. En mi trabajo me encuentro con muchas personas que se dedican a mentir para conseguir sus objetivos. Y es loable que al menos seas sincero a la hora de expresar lo que piensas.

–No es para tanto –le advirtió él, fijándose en su piel satinada y lisa, libre de maquillaje–. Me gusta tu naturalidad. Que no vayas maquillada ni sientas la necesidad de parecer una muñeca. Funciona.

Rose apartó la mirada enseguida. Aquellos ojos oscuros, pensó, eran capaces de producir una reacción en cadena con la que tal vez ella no supiese lidiar.

No estaba preparada para una relación y mucho menos para una aventura con un tipo con fobia al compromiso. «No, gracias». Disfrutar de su compañía era una estupenda distracción, pero nada más.

Se rio ella sola al darse cuenta de que se estaba precipitando, en realidad no había peligro de que aquel desconocido que solo estaba allí de paso, que solo estaba siendo educado con ella, intentase algo más…

Y, de intentarlo, ella lo rechazaría a pesar de que eso pudiese suponer algo de emoción en su predecible y tranquila vida.

Era una persona cauta, que no se lanzaba a la piscina con los hombres sin saber lo que había debajo de la superficie.

Respiró hondo y recordó las lecciones que le había enseñado la vida. Se acordó de su madre, que se había quedado destrozada con la muerte de su padre y se había metido después en varias relaciones que solo le habían causado más dolor. Por aquel entonces, Rose todavía había sido una niña, pero aún recordaba el ir y venir de hombres que habían pasado por su vida y la aprensión que había sentido cada vez que sonaba el timbre de la puerta.

Hasta que Alison Tremain se había enamorado perdidamente de un hombre rico, que le había prometido todo lo que ella había estado desesperada por oír.

Ambos se habían equivocado. Su madre, porque había necesitado una vida segura.

Y él… porque había querido rebelarse contra sus estrictos padres teniendo una relación con alguien que no pertenecía a su nivel

social.

La relación había estado abocada al fracaso y, para la propia Rose, el desastre había comenzado cuando su madre había empezado a dejarla al cuidado de su vecina.

Rose sabía que podía haber sido mucho peor, que podrían haberle quitado la custodia a su madre e ir a parar a los servicios sociales. Porque al final se había pasado dos años con aquellos vecinos cuya hija iba a su mismo colegio.

Su madre la había escrito y Rose había esperado su vuelta pacientemente, pero, cuando Alison había querido volver, ella ya se había convertido en una jovencita consciente de lo peligroso que era dejarse llevar por las emociones.

Había visto cómo su madre perdía el rumbo porque se le había roto el corazón, y había aprendido lo que eran las drogas y el alcohol con Spencer Kurtis, que había sido incapaz de aprender a vivir sin el dinero de su familia.

Al final, Spencer había vuelto a casa de sus padres y Alison, a su pueblo.

Así que Rose sabía que no debía dejarse llevar por las emociones, que prefería una vida tranquila. Aunque no hubiese tenido éxito con los hombres hasta entonces.

También sabía que no debía confiar en un hombre con dinero, y el tiempo solo la había reafirmado en aquella opinión.

Además de la experiencia de su madre con Spencer, Rose había visto una y otra vez cómo los ricos tomaban lo que querían sin pensar en las personas que se quedaban en el camino.

Y la comunidad a la que ella pertenecía se estaba viendo invadida porque los promotores solo querían proyectos con los que ganar dinero. Su pequeño oasis en los Cotswolds era muy bonito y estaba lo suficientemente cerca de Oxford como para no considerarse un lugar perdido en las montañas.

Rose sentía que estaba en deuda con aquella pequeña comunidad que la había acogido cuando su madre había empezado a actuar de modo errático y, por ello, debía protegerla de los promotores ricos.

Estuvo tentada a explicar aquello por primera vez en su vida a aquel tipo tan guapo que en esos momentos había cesado en su intento de cortar la verdura y buscaba una botella de vino en la nevera.

–Nunca sé lo que hay ahí dentro –admitió ella–. La nevera también ha pasado a ser de todos. Una vez a la semana alguien se encarga de tirar lo que se ha estropeado y más o menos todo el

mundo va reponiendo lo que se gasta para que nunca falten productos básicos, como la leche.

–¿Y no te molesta?

–No. ¿Por qué me iba a molestar?

–Porque es tu casa y solo tuya.

–Me temo que ese es un lujo que no me puedo permitir –le respondió ella sin mirarlo, dándose cuenta de que, en ocasiones, deseaba poder disfrutar de la casa para ella sola–. En realidad, soy afortunada de tener este lugar, que un…. amigo regaló a mi madre y que, cuando ella falleció, heredé yo…

–Un regalo muy generoso –murmuró Arturo–. ¿De un novio o amante? ¿Del mejor de los amigos?

–Algo así –respondió Rose, quitándole el vino de las manos.

Ya tenía todas las verduras en una sartén, así que se dedicó a retirar papeles y a hacer un montón en el suelo con las pancartas.

–Lo estás haciendo otra vez.

–¿El qué? –preguntó él, dando un sorbo a su copa de vino.

–Entrometerte –le respondió Rose–. ¿Es una costumbre que tienes? No, no me respondas a eso. Nada más llegar a mi casa empezaste a abrir puertas para ver qué había detrás. Debe de formar parte de tu naturaleza.

–Soy curioso por naturaleza, sí. No se puede tener una opinión informada si no se está en posesión de todos los hechos, ¿no?

–También eres muy arrogante, ¿no? –añadió ella, echándose a reír–. Me has dicho que no te gusta compartir este tipo de momentos y que no sueles tener conversaciones profundas con las mujeres. Entonces, ¿por qué estás siendo tan inquisitivo conmigo?

–Tal vez porque es la primera vez que conozco a alguien como tú.

–¿Y eso es bueno? –le preguntó ella, sin poder evitar que le temblase un poco la voz.

–Para mí es… extrañamente emocionante.

Ella se puso tensa de repente y Arturo la recorrió lánguidamente con la mirada.

Era evidente que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería con las mujeres.

–Yo… no te he pedido que te quedes a dormir aquí porque… porque…

–Por supuesto que no, pero yo no soy el único que siento esto, ¿no?

–No sé a qué te refieres.

–¿No? Si te parece, por ahora lo vamos a dejar pasar. Háblame

de la casa.

Rose parpadeó. En algún momento había dejado de ser la combativa abogada para convertirse en una… torpe adolescente enamorada del chico nuevo de la clase. La química que había entre ambos era abrumadora. A ella la tenía acongojada y el hecho de que él también la sintiese solo empeoraba la situación. Rose se había pasado la vida protegiéndose de sus emociones y se había acercado a los hombres con cautela porque sabía el daño que podían hacerle si tomaba decisiones equivocadas. Y aquel hombre era, sin duda alguna, una decisión equivocada. ¿Por qué estaba entonces nerviosa, sudando e intentando no pensar en lo que podría pasar si ella cediese…?

–¿La casa? –repitió, aturdida.

–Me estabas contando que heredaste la casa… que se la regalaron a tu madre…

–Ah.

«¿Y por qué te he contado eso?», se preguntó.

Desorientada por el caos que reinaba en su cabeza, se dispuso a terminar de hacer la cena, cualquier cosa con tal de apartar la mirada de él.

–Mi madre tuvo una aventura con un tipo –empezó.

–Cosas que pasan…

–Sí. Sobre todo, al quedarte viuda del hombre con el que piensas que vas a envejecer y con el que vas a cuidar de tus nietos…

–¿Qué quieres decir?

Rose suspiró.

–Nada.

–Cuéntame más.

Hacía mucho tiempo que Art no comía comida casera en una cocina y con una mujer, y devoró el plato de pasta con gusto, dándose cuenta de que tenía más hambre de la que había pensado.

En esos momentos era un desconocido que estaba de paso allí, no un multimillonario al que temer, agasajar o cortejar. Así era una vida normal. Y él ya casi no recordaba la sensación. Se preguntó si era aquel el motivo por el que sentía tanta curiosidad por Rose, porque para él representaba algo fuera de lo común. O, tal vez, porque toda la información que pudiese recabar le podría ser de utilidad para conseguir su objetivo. Porque, al fin y al cabo, aquello era parte del juego. ¿Qué era la vida, más que un juego? Un juego en el que había ganadores y perdedores y él iba a ganar.

Más tranquilo después de haber hecho aquel razonamiento pragmático, Art alentó a Rose con la mirada.

–No hay mucho más que contar –dijo ella, encogiéndose de hombros mientras hacía girar los espaguetis con el tenedor–. Mi padre falleció cuando yo era una niña y mi madre se sintió perdida una temporada. Estuvo con… bueno… fue una época interesante. Uno de los tipos con los que estuvo era un joven perteneciente a una rica familia aristocrática, cuyos padres tenían una enorme finca a unos quince kilómetros de aquí. La cosa terminó mal, pero, años después, y para sorpresa de todo el mundo, mi madre heredó esta casa. Al parecer, le habían regalado varias propiedades a los veinticinco años y le había asignado esta a mi madre, sin pensar que moriría en un accidente de moto cuando todavía era muy joven.

–Una tragedia con un resultado afortunado –comentó Art.

Comparó aquella historia con la de sus padres y sintió admiración por Rose, a la que le había ido bastante bien. A él también, por supuesto, pero él era tan frío y maleable como el hielo. Además, había tenido la ventaja del dinero, que nunca le había faltado a pesar de los intentos de las exmujeres de su padre de quitarle todo lo posible.

–Tal vez se sintió culpable –añadió Rose en tono irónico–. Llevó a mi madre por muy mal camino y después la abandonó por motivos que tardaría demasiado tiempo en explicar. Es decir, que la metió en el maravilloso mundo de la droga y la bebida y luego se deshizo de ella porque se dio cuenta de que necesitaba el dinero de su familia más que a ella.

–Un tipo encantador –murmuró Art.

–Rico.

–¿Qué?

–Que, como era rico, pensó que podía hacer lo que quisiera. Aunque es cierto que al final para mi madre fue mejor, porque volvió a casa, se recuperó y estuvo mucho mejor sin él en su vida.

–¿Volvió a casa?

Rose se ruborizó.

–Desapareció una temporada –murmuró, levantándose para recoger la mesa.

–¿Cuánto tiempo es «una temporada»?

–¿Qué tiene esto que ver con la protesta?

–Ya te he dicho que soy muy observador. Me gusta averiguar lo que afecta a las personas… y lo que las convierte en lo que son.

–Pues yo no soy un espécimen raro al que estudiar –respondió ella.

Art se echó a reír.

–No, pero eso no significa que sienta menos curiosidad. Así que… sigue contándome. Ya sabes que no me gusta intimar ni hablar de mí, pero estoy pensando que tal vez tú seas mi excepción que confirma la regla.

Capítulo 4

ART SE tomó su tiempo. La curiosidad se enfrentaba a su sentido común.

Por algún motivo, durante los tres siguientes días siguió deseando volver a hablar con Rose de su pasado. Y tenía que hacer un gran esfuerzo para no arrinconarla y preguntar.

Pero no iba a hacerlo.

Ya había obtenido una información muy importante de ella. Necesitaba dinero. Y a pesar de empuñar la bandera de que el dinero no podía comprar la felicidad, Art sabía que la realidad podía ser muy distinta.

La casa se estaba cayendo a pedazos y, si bien Rose conseguía algo de dinero alquilando habitaciones, lo bastante para cubrir los gastos básicos, al parecer no era lo suficiente para mantenerla.

Y las casas no eran baratas en aquella zona.

Se preguntó si podría hacerle una oferta tentadora a cambio de que terminase con la protesta. Para ello, tendría que revelar su verdadera identidad o fingir que actuaba como intermediario. Por otra parte, jugó con la idea de ayudar a la comunidad, de hacer algo que para Rose fuese tan importante que se pensase dos veces el continuar protestando cuando de ese modo no iba a ganar absolutamente nada. Harold había tenido razón al decirle que aquella era una comunidad muy cerrada, dispuesta a todo para defenderse de los intrusos.

Y él lo que necesitaba era paz. Necesitaba tener a la comunidad de su lado.

Necesitaba pasar a la segunda fase de la urbanización. Pensó en el centro ecuestre y de artesanía que quería construir, y en lo que su hermanastro y otros adultos con necesidades similares iban a disfrutar, y supo que tenía que ganar aquella guerra con el respaldo de la comunidad. Si se limitaba a aplastarla para seguir con sus planes, antes o después todo se volvería contra él.

Había conocido a todos los manifestantes y la mayoría tenían hijos que asistían a la escuela local.

Les diría que los despiadados promotores tal vez se viesen obligados a construir una escuela nueva.

Se había ido acercando a los manifestantes poco a poco y, a pesar de que no les había dicho quién era, ellos se habían dado cuenta de que no era un vagabundo deseoso de implicarse en una

causa justa y ya empezaban a acudir a él cuando tenían preguntas.

Y lo peor era que, a pesar de que estaba intentando encontrar una solución a aquella situación, todavía se seguía sintiendo culpable.

Aunque… tuvo que admitir que tenía un cierto deseo de impresionar a la mujer cuya casa estaba compartiendo. En realidad, sospechaba que, si ponía encima de la mesa una importante cantidad de dinero, ella no podría resistirse porque era humana y todos los seres humanos, todos, tenían un precio.

–No es necesario –le había dicho ella dos días antes, cuando la había acompañado a una parte de la casa que parecía invadida por las telarañas–.

Me pagas un alquiler y, créeme, eso ya me ayuda lo suficiente.

Pero Art se había sentido obligado a ayudarla.

Además, tener que pintar la habitación lo ayudaba a pasar menos tiempo con ella porque, cuanto más la conocía, más le interesaba. Después de la primera noche, Rose no había vuelto a hablar de ella misma. No habían estado solos en ningún momento. La casa de Rose parecía atraer a cualquier persona del pueblo que no tuviese nada mejor que hacer que pasarse por allí a charlar.

La noche anterior había ido un tipo con el que Rose se había encontrado unas semanas antes para charlar de un problema que tenía con su nuevo jefe, que había comprado la empresa y estaba intentando deshacerse de los antiguos empleados por medios legales o ilegítimos.

Para sorpresa de Art, Rose le había dado de cenar y le había asesorado gratuitamente. No era de extrañar que no tuviese mucho dinero, si no cobraba la mayoría de los servicios que prestaba.

Aquella absoluta falta de interés por el dinero tenía que haberlo repelido, pero, al parecer, le ocurría todo lo contrario. Cuanto más invitaba ella a todo el mundo a su casa, más deseaba Art cerrar la puerta para poder tenerla para él solo.

Aquello no tenía nada que ver con el motivo de su presencia allí.

Había conseguido sacar un par de horas para ponerse en contacto con sus clientes y había respondido a un par de correos urgentes y, después, se había puesto a pintar.

Eran algo más de las seis y media y se sentía orgulloso de lo que había logrado. Estaba reemplazando aquel verde moco por un blanco roto.

Con la ropa todavía manchada de pintura, Art fue al piso de abajo pensando que se encontraría con varias personas por la cocina, pero solo estaba Rose, sentada a la mesa de la cocina,

leyendo un documento.

Art se detuvo en la puerta y la observó con deseo. Rose tenía el ceño fruncido y el rostro apoyado en ambas manos. Levantó una y se quitó el pasador que le sujetaba el pelo, y él tomó aire al ver aquella cascada de rizos castaños caer sobre sus hombros.

Por una vez, no iba vestida con ropa ancha, sino que llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta gris sin mangas que permitía que Art, desde donde estaba, atisbase su escote.

Rose levantó la mirada, lo vio y apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

Se estiró y bostezó y Art sintió todavía más deseo.

No llevaba sujetador.

Los pezones se marcaban en la fina tela y Art notó cómo su erección se apretaba contra el pantalón.

–Me he tomado la tarde libre –comentó ella sonriendo y poniéndose en pie–. Por eso voy vestida de manera informal. ¿Quieres tomar algo? ¿Té?

¿Café? ¿Algo más fuerte? He comprado vino.

–El alquiler que te pago no cubre la comida. Es viernes. Deja que te invite a cenar fuera.

Rose dudó. Hacía siglos que no salía a cenar con un hombre. Tenía veintiocho años y muy poca vida social.

–Todos los restaurantes estarán llenos –dijo riéndose–. Llenos de turistas.

–Podemos irnos un poco más lejos. Dime un lugar y haré la reserva.

–No seas tonto, no hace falta…

–Cualquiera que me conozca sabe que nunca hago cosas que no me apetecen. Si no quisiera invitarte a cenar, jamás te habría hecho la propuesta.

Venga, dime un lugar.

Rose pensó que a ella nunca le habían gustado los tipos dominantes, sino más bien los sensibles. Y Arturo Frank no tenía nada de sensible.

–Deja que lo piense… ¿Cómo de generoso estás esta noche?

Rose se sorprendió a sí misma porque no era de las que coqueteaban por naturaleza. Su madre sí que lo había sido, y tal vez por ese motivo había terminado como había terminado.

Pero en ese momento le apetecía coquetear, así que esbozó una sonrisa y añadió:

–Es una broma. En el pueblo de al lado hay un par de lugares donde preparan una pizza excelente. Puedo llamar para reservar.

Así que… sí, voy a dejar que me invites a cenar.

–No quiero ir a una pizzería barata –le dijo Arturo, sin dejar de mirarla a los ojos.

–En ese caso…

–Déjamelo a mí.

–¿Seguro?

–Seguro, pero no vamos a ir a un sitio de comida rápida.

–Entonces, cada uno pagará su parte.

–De eso, nada. Cuando pido salir a una mujer, no permito que toque su cartera.

Y Rose volvió a sentirse como una adolescente nerviosa. Aquel hombre era demasiado macho alfa, demasiado inteligente y, al mismo tiempo, pensaban del mismo modo. Sintió que perdía el control de la situación y que le gustaba la sensación.

No le interesaba un hombre que estaba de paso, pero su vocecita interior le preguntó por qué no se arriesgaba. Al fin y al cabo, siendo cauta tampoco había llegado muy lejos.

Y otra vocecita, todavía más traicionera, le preguntó qué pasaría si Arturo alargaba su estancia allí. Si encontraba un trabajo y…

–De acuerdo.

–Te veo un poco sorprendida. ¿Con qué clase de hombres has salido hasta ahora? ¿Sacaban la calculadora al final de la cena para dividir la cuenta?

Llámame anticuado, pero me gusta ser generoso cuando salgo con una mujer.

«Así que tenemos una cita», pensó ella, nerviosa.

Tal vez no fuese una cita, sino la manera de Arturo de darle las gracias por haberle alquilado una habitación en su casa y por haber puesto también comida y bebida a su disposición. Ya le estaba pagando más dinero del que ella le había pedido, pero seguía siendo mucho menos de lo que habría pagado por alojarse en cualquier hotel de la zona.

Rose todavía seguía aturdida cuando, una hora después, sin tener ni idea de adónde iban, abrió el armario y estudió su colección de ropa nada inspiradora y cómoda.

Salía muy poco, alguna vez al cine o a cenar con amigos, y como trabajaba desde casa, su ropa de trabajo y de sport era la misma. Ropa práctica porque ella era una mujer práctica.

No obstante, aquella noche no se sentía práctica y se puso una falda de color verde ajustada y un top negro con botones de nácar en la parte delantera. Se desabrochó los cuatro superiores, se miró en el espejo y se los volvió a abrochar.

No podía hacer mucho con su pelo, pero le gustaba cómo caía sobre sus hombros. Y mientras se subía a su único par de zapatos de tacón pensó que habría dejado pequeño a cualquier otro hombre, pero no al que la esperaba en el piso de abajo.

De hecho, con tacones estaría más o menos a su altura. Sus ojos estarían al mismo nivel, sus narices estarían al mismo nivel, sus labios…

Art acababa de reservar mesa en uno de los mejores restaurantes de la zona y estaba esperando a Rose en la cocina, con una copa de vino en la mano. No estaba seguro de cómo iba a explicar aquel derroche, pero estaba cansado de compartir comida estilo bufé.

También estaba cansado de que, cuando se encontraba charlando con ella, alguien se asomase a la puerta. Rose trabajaba desde casa y estaba permanentemente accesible para todos los miembros de la comunidad. Art había conseguido plantear cuestiones a casi todos los manifestantes que ocupaban su terreno con la idea equivocada de que iban a poder detener las obras, pero todavía no había podido hacerlo con Rose porque no conseguía estar a solas con ella el tiempo suficiente.

También se sentía frustrado porque había una gran parte de su vida personal a la que no conseguía acceder. Aunque fuese solo curiosidad, era decepcionante. Él estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que quería, y eso incluía la atención exclusiva de una mujer.

Rose había empezado a hablarle de ella y Art había querido saber más, pero no lo había conseguido. Y era la primera vez que le ocurría algo así.

Al parecer, Rose tenía cosas más importantes que hacer que hablar con él.

Y, no obstante, había algo entre ellos. Los dos lo sentían. Pero para ella no era lo suficientemente fuerte como para dejarse llevar y eso lo fastidiaba.

Así que estaba deseando cenar con ella en un restaurante como no había deseado nunca salir con una mujer.

Hizo girar el vino en la copa y entonces levantó la vista…

Y allí estaba ella.

Art se puso recto. Se quedó boquiabierto, inmóvil, completamente excitado.

Rose estaba… espectacular.

Se había puesto muy guapa, era delgada, de constitución atlética, y tenía una gracia natural. Le faltaba la práctica que tenían las modelos al andar y posar, pero eso hacía que le resultase todavía

más sexy.

Y no llevaba sujetador.

Art tuvo que hacer un esfuerzo para no clavar la vista en sus pequeños pechos, que se marcaban a través de la fina tela de algodón.

Vio cómo el cuerpo de Rose reaccionaba ante su mirada de aprobación y cómo ella, nerviosa, se movía y empezaba a hablar al mismo tiempo, sonriendo.

Art salió de su trance.

–Voy a por mi bolso –dijo ella, mirando a su alrededor.

–¿Para qué?

–Para empezar, porque tengo en él las llaves del coche.

La cocina era demasiado pequeña para los dos. Él se había puesto unos pantalones oscuros y una camisa blanca, algo muy normal, pero estaba impresionantemente guapo. La camisa parecía hecha a medida y a través de ella se marcaban los fuertes músculos de su pecho. Se la había remangado y Rose se fijó en sus fuertes antebrazos cubiertos de vello oscuro. Y de ahí no pudo evitar bajar la mirada a sus dedos largos, y preguntarse cómo sería que aquellos dedos…

–¿Qué?

Arturo había dicho algo.

–He pedido un taxi para que no tengas que conducir –le dijo él en voz baja.

–Veo que se te da bien tomar las riendas –murmuró ella, ruborizándose y sonriendo.

–No puedo evitarlo –admitió Arturo sin disculparse–. Forma parte de mi personalidad.

Bajó la vista y le ofreció el brazo.

–Hace mucho que no…

–¿Que no qué?

–Salgo a cenar.

–¿Que no tienes una cita?

–¿Es esto una cita? –preguntó Rose mientras él le abría la puerta del coche que los estaba esperando–. Porque yo pensaba…

Se giró hacia él y aspiró su olor a limpio y deseó desmayarse.

–Pensaba que esta era solo tu manera de darme las gracias por haberte alojado. Aunque, sinceramente, no ha sido ninguna molestia –añadió riéndose.

–Me alegro. En cualquier caso, y aunque esto no sea una declaración de intenciones… No te lo he dicho, pero estás… preciosa…

–¡Ya sé que no es una declaración de intenciones! Estás aquí de paso y, además, no te gusta intimar ni que las mujeres te hagan preguntas personales.

Y gracias por el cumplido. Por cierto, hacía mucho tiempo que no me ponía esta ropa.

Rose tenía la respiración entrecortada y decidió mirar por la ventanilla para intentar tranquilizarse. No tenía ni idea de adónde iban, pero no tardó en reconocer el camino que llevaba a uno de los mejores hoteles de la zona, donde un famoso cocinero con estrella Michelín preparaba unos platos que ella jamás se habría podido permitir degustar.

Se giró hacia Art con gesto de sorpresa.

–He recibido un dinero recientemente –se explicó Arturo–, y no se me ocurre mejor manera de gastarlo que trayéndote aquí.

–No voy vestida para un lugar así.

–¿Te importa lo que piensen los demás?

Art salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta.

–¿Y a quién no?

–A mí.

–Tal vez es un trauma que todavía me queda de cuando mi madre se marchó.

Rose se quedó en silencio al entrar en el magnífico hotel y ver que los escoltaban como a la realeza hasta el comedor más impresionante que había visto jamás.

–¿Qué decías? –le preguntó él cuando estuvieron sentados en un rincón.

–Decía que se me van a salir los ojos de las órbitas –respondió ella, estudiando el salón y preguntándose cuánto dinero habría recibido Arturo.

Aunque después pensó que su madre también había recibido una herencia inesperada. Y que aquello quizá explicase que Arturo pareciese tan libre y despreocupado.

Y, si era generoso por naturaleza, como parecía evidente, era probable que siguiese viajando hasta que se le gastase el dinero antes de volver a su puesto de trabajo. Aquel era un detalle que Arturo no había comentado.

–Me estabas contando el motivo por el que te importa lo que los demás piensen…

Rose lo miró. Se había afeitado, pero su aspecto seguía siendo peligroso. Y tenía una manera de mirarla que la ponía muy nerviosa.

–¿Cuánto tiempo estuvo fuera tu madre?

–Dos años –admitió Rose, halagada por su interés.

–¿Dos años?

–En realidad, no es tanto tiempo, pero, cuando eres una niña y estás esperando junto a la ventana, se te hace eterno.

–Por supuesto que se te hizo eterno, Rose, es mucho tiempo. ¿Y cuántos años tenías?

–Ocho.

–Ocho –repitió Art, sorprendido.

Su padre también había perdido el rumbo por motivos similares, pero nunca lo había abandonado.

–¿Y dónde estuviste ese tiempo mientras tu madre desaparecía a buscarle sentido a su vida?

–No deberías ser tan duro con ella, estaba destrozada. Yo me quedé en el pueblo, por supuesto. Y viví con unos vecinos. No sé qué pensaban de la situación, pero fueron maravillosos conmigo. Aun así, yo sabía que todo el mundo hablaba de mí y eso me dolía. Aunque gracias a que era una comunidad pequeña también me protegieron mucho. Estoy en deuda con ellos.

–Sientes que estás en deuda con todo el pueblo. Por eso… por eso te tomas esta lucha de manera tan personal.

–Más o menos, pero seguro que ya estás aburrido de escucharme.

–Todo lo contrario –le respondió Art, obligándose a relajarse.

Todos los problemas tenían una solución y él buscaba siempre soluciones.

–He estado paseando por el pueblo –continuó, cambiando de tema mientras leía la carta–. Y me sorprende que no hayáis pensado en hacer un poco de chantaje a la promotora que quiere el terreno que estáis ocupando…

–¿Qué? –preguntó ella, levantando la mirada de la carta para mirarlo a él con el ceño fruncido.

–¿Recuerdas que le pedí a Phil que le echase un vistazo a los papeles? No porque yo sea un experto ni nada parecido, pero quería ver cuál es la situación legal de ese terreno. Algunos de los manifestantes han estado haciendo preguntas…

–No me lo habías contado.

–¿Debía haberlo hecho? No le di más importancia –respondió él, antes de hacer una pausa–. El terreno ya está vendido y no hay nada que se pueda hacer al respecto.

–Te sorprendería saber la capacidad de la opinión pública para cambiar las cosas –replicó Rose, apretando los labios.

No sabía si debía enfadarse con Arturo por su intromisión, o si

alegrarse de que se interesase tanto por la situación.

–Tal vez se podrían abrir otras líneas de acción –sugirió él, cerrando la carta.

–Eres muy optimista si piensas que a una empresa del tamaño de DC

Logistics le va a interesar cualquier cosa que no sea aplastarnos. Estamos defendiéndonos como podemos y si perdemos… nos aseguraremos de no ponerles las cosas fáciles.

–También podrías intentar utilizar otra táctica. Al parecer, el colegio local necesita una reforma. El terreno deportivo está muy estropeado. Una parte del edificio que resultó dañado en un incendio el año pasado sigue sin arreglarse.

Sinceramente, ¿no se te ha ocurrido que en vez de amenazar a una empresa que ya es la propietaria del terreno podríais obligarla a aportar algo a la comunidad?

–Veo que has estado investigando mucho –le dijo Rose, mirándolo fijamente–. ¿Has hablado ya de esta alternativa con mis manifestantes?

–No son tus manifestantes –replicó él en tono frío–. Si tú tienes motivos más personales para luchar, no tienes por qué implicar a todo el mundo. Tal vez ellos estén dispuestos a solucionar el problema de otra manera.

Llegó un camarero con el vino y Art esperó a que hubiese servido para levantar su copa hacia ella.

–Vamos a dejar ese tema. No hemos venido a hablar del terreno. Solo quiero que pienses en lo que te he dicho.

Capítulo 5

ERA LA mejor comida que Rose había tomado en toda su vida, aunque, mientras sentía remordimientos por no ser capaz de terminarse la *crème brûlée* que tenía delante, tuvo que admitir que el hecho de que la velada hubiese sido casi perfecta no se debía solo a la cena.

Sino también a la compañía.

No habían tenido la oportunidad de hablar de verdad desde que Arturo se había mudado a su casa y aprovecharon aquellas cuatro horas para ponerse al día. Era un hombre fascinante, que sabía de todo y con el que se podía hablar de cualquier tema.

Además, era un hombre que la hacía pensar, en la protesta y en la manera de encontrar una solución positiva.

Cuando salieron a la calle, Rose se sentía contenta y un poco achispada.

–Hacía siglos que no pasaba una velada tan agradable –comentó mientras un taxi se detenía delante de ellos.

Esperó a estar sentada en el asiento trasero con Art antes de volver a girarse hacia él. Su rostro estaba envuelto en sombras y, por un instante, Rose sintió aprensión además de deseo.

Ella sonreía de oreja a oreja, pero él estaba bastante serio.

–Da la sensación de que estás deseando que la velada termine –comentó en tono de broma, poniéndose seria–. No te culpo. Supongo que estás acostumbrado a compañías mucho más apasionantes.

Art la miró y pensó que estaba muy equivocada. Hacía años que no hablaba tanto con una mujer. En condiciones normales, una cena cara habría estado acompañada de una conversación superficial y salpicada de insinuaciones sexuales.

–¿Qué te hace decir eso?

–Tú –admitió ella con toda sinceridad–. No te pareces a nadie que conozca y, si yo puedo verlo, también lo ven todos los demás. No creo que te falte nunca compañía femenina. ¿Es ese el motivo por el que huyes del compromiso? ¿No quieres sentar la cabeza estando el mar lleno de peces?

–Huyo del compromiso porque vi cómo destrozaba a mi padre.

–Ah –dijo ella, poniéndose seria–. ¿Y eso?

Art, que se había sorprendido a sí mismo con su sinceridad, no supo cómo continuar. No supo si hablar de los divorcios de su

padre, de las avariciosas rubias que solo habían pensado en ellas, de cómo se había visto menguada su fortuna con todas las pensiones que había tenido que pasar. ¿Por dónde empezar?

Cambió de postura, miró por la ventanilla un instante y después a ella, que parecía interesada por el tema, pero no demasiado.

–Mi padre tenía la costumbre de cometer siempre los mismos errores –le contó–. Enseguida se comprometía y después se arrepentía. Cuando conseguía librarse de una mujer, caía en las redes de otra. Tu madre sufrió la pérdida de tu padre de una manera y mi padre… de otra muy diferente.

–Pero con unas consecuencias igualmente dañinas. Parece que ninguno de los dos tuvimos mucha suerte con nuestra niñez –le dijo Rose, sonriendo con tristeza y apoyando una mano en la de él.

El calor de su mano lo inundó y lo excitó.

Aliviado, se dio cuenta de que el taxi estaba llegando a su destino.

Necesitaba una ducha fría con urgencia.

–Todas las experiencias son buenas –comentó mientras abría la puerta para salir–. Me alegro de que hayas disfrutado de la velada.

Dicho aquello, salió a toda prisa hacia la casa. A Rose le costó abrir la puerta, así que Art le arrebató las llaves para hacerlo en su lugar.

–No suelo beber tanto como esta noche –se disculpó Rose, riéndose suavemente–. Estoy empezando a pensar que debería salir más, vivir un poco…

–Siempre está bien un poco de diversión.

Durante unos segundos ambos se quedaron inmóviles en la semioscuridad del pasillo, mirándose en silencio, y Rose contuvo la respiración al ver que Art la miraba con deseo, el mismo deseo que sentía ella.

–Bueno… –dijo por fin–. Gracias por una velada maravillosa…

Empezó a girarse y notó que él la agarraba del brazo. Se detuvo, con el corazón acelerado.

–Rose…

Con un pie plantado en la zona de confort del sentido común y otro acercándose peligrosamente a un precipicio, Rose lo miró, completamente rígida por la tensión.

–Sería una locura.

Arturo apartó la mirada, volvió a clavarla en ella, incómodo y sin saber cómo aliviar aquella sensación.

–¿El qué? –susurró ella.

–Ya lo sabes. Esto. Nosotros. Ir más lejos.

Ella se quedó en silencio unos segundos y, por fin, murmuró:
–Estoy de acuerdo.
–No te puedes ni imaginar las complicaciones que…
–¿Necesito hacerlo?
–¿Qué quieres decir?
–Que no vamos a tener una relación –respondió ella, desafiándolo con la mirada.
Aunque nunca había pensado en tener una aventura, el deseo hizo que se olvidase de sus principios.
–Así que no tenemos que pensar en las posibles complicaciones ni en los motivos por los que no deberíamos…
Rose se ruborizó.
–¿Hacer el amor hasta que ya no podamos más?
–Tú estás aquí de paso…
–¿Estás segura de que eso no te importa? Porque no voy a quedarme.
Dentro de una semana, como mucho, me habré marchado y no volverás a verme jamás.
–¿No tendrás curiosidad de ver cómo termina la protesta?
–Ya sé cómo va a terminar –le dijo él, que no quería hablar de aquello.
Levantó la mano y le acarició la mejilla, y ella suspiró y cerró los ojos.
–Vamos arriba –le pidió en un susurro, abriendo los ojos para mirarlo.
Retrocedió y tomó su mano. Si aquello estaba mal, ¿por qué se sentía tan bien? Antes de llegar a las escaleras, se quitó los zapatos de tacón, luego empezó a subir delante de él, sin soltarle la mano, mirándolo dos veces por encima del hombro, deseando poder saber lo que se le pasaba por la cabeza en esos momentos.
Empujó la puerta de su dormitorio y entró, pero en vez de encender la luz del techo, encendió la lámpara que había sobre la mesita de noche, que iluminó suavemente la habitación.
Era una habitación grande, cuadrada, con techos altos y con molduras.
Era la primera vez que Arturo entraba allí. Miró a su alrededor y sonrió.
–No te imaginaba tan romántica…
Rose se echó a reír, se acercó a él y lo abrazó por la cintura.
–Soy sensata para casi todo, pero…
Miró la cama con dosel, las cortinas de flores y la colcha oscura.
–… de niña siempre soñé con una cama con dosel.

–¿Mientras esperabas a que volviese tu madre? –murmuró Art, hundiendo el rostro en su pelo y aspirando el olor a flores del champú.

–¿Cómo lo has sabido?

–Porque estamos en sintonía.

De repente, le vino un recuerdo que lo abrumó, un recuerdo de su madre inclinándose hacia él, sonriendo, con un libro en la mano. ¿Acababa de leerle un cuento? ¿O se disponía a hacerlo? Iba arreglada, lista para salir.

Art apretó la mandíbula mientras la vívida imagen se desvanecía.

–Ya hemos hablado lo suficiente –dijo, llevando a Rose hacia la cama.

Ella se echó a reír y ambos cayeron en la cama, tumbados el uno al lado del otro, boca arriba.

–Pero si hay estrellas en el dosel –comentó Art, divertido.

–Eso es la romántica que hay oculta en mí –respondió ella sonriendo.

Él la miró y ella lo miró también.

–No te preocupes –añadió Rose antes de que Art volviese a advertirle que era un nómada que huía del compromiso.

–¿Preocuparme, por qué?

–Tal vez tenga algún lapsus romántico, pero soy bastante sensata en todo lo relativo a los hombres y los tipos guapos con aversión a echar raíces no cumplen precisamente los requisitos.

–Cumplo al menos un requisito –murmuró Art, sonriendo lentamente.

–Bueno, sí… ese sí –admitió ella, sintiendo que se le cortaba la respiración.

–La atracción física es un requisito que no se debe menospreciar, es el más importante.

–En eso no estoy de acuerdo.

–¿No?

Art cambió de postura, tumbándose de lado, e hizo que ella se girase también para tenerla frente a frente.

–Yo no hablaría tan pronto si fuese tú…

Metió la mano despacio por debajo del top y se tomó su tiempo antes de llegar a los pechos. Esperó a notar que Rose había dejado de respirar para acariciarla allí. Se había pasado toda la cena en tensión y aquella caricia le resultó electrificante.

Mientras le demostraba lo importante que era la atracción sexual, porque no había nada mejor que el sexo, y a él se le daba

muy, muy bien, se dio cuenta de que podía echarlo todo a perder si se precipitaba. Según su experiencia, el buen sexo y la prisa no solían ir de la mano.

Sin apartar la mirada de ella, jugó con su pezón.

No daría un paso más hasta que no sintiese que se podía controlar.

Los ojos de Rose, inocentes y pícaros al mismo tiempo, lo estaban volviendo loco.

–¿Piensas que podrías cambiarme? –le preguntó Rose en un murmullo, retorciéndose de placer.

–No hay nada de malo en intentarlo –respondió él riéndose sensualmente.

Se sentó a horcajadas encima de ella y la atrapó con las piernas. Luego metió la mano por debajo de la camisa y empezó a tirar de ella.

–No llevas sujetador –murmuró–. Me gusta.

Rose tragó saliva y deseó no haber encendido ninguna luz, aunque entonces habría sacrificado la alegría de ver a Arturo. Sintió frío en los pechos desnudos y se cruzó rápidamente de brazos para tapárselos. Él los apartó con cuidado y, mirándola con apreciación, le susurró:

–Preciosa.

Y empezó a acariciarle un pecho.

Rose jamás se había sentido tan expuesta. No se avergonzaba de su cuerpo, pero conocía sus limitaciones. Y con las luces apagadas afrontaba mejor aquellas limitaciones.

No obstante, Art la estaba mirando con deseo.

–No soy precisamente la mujer más voluptuosa del mundo –se disculpó ella, ruborizándose–. Por eso puedo ir sin sujetador. No tengo mucho que sujetar –añadió riéndose mientras él seguía acariciándola.

–Al menos no se te caerán nunca –respondió él–. Es increíble. Tus pezones son muy… oscuros… deliciosos.

–¡Arturo!

Él se echó a reír.

–¿Es esa tu manera de suplicarme que continúe diciéndote por qué deberías estar orgullosa de tu cuerpo?

–¡No! –le dijo ella riéndose.

–Voy a disfrutar mucho devorándolos –le dijo Arturo–. ¿No te excita pensar en ello?

–¡Para!

–Te has puesto colorada como un tomate –comentó él sonriendo.

Luego se levantó de la cama y buscó un preservativo. Después, empezó a desnudarse.

Rose lo observó.

Se le olvidaron todas sus inhibiciones porque nunca, en toda su vida, había visto algo tan maravilloso.

Arturo era todo músculos, tenía los hombros anchos y el estómago plano como una tabla. Se quitó la camisa y arqueó las cejas, divertido, al ver su cara.

–No tienes ni idea de lo mucho que me excita tu expresión.

–¿De verdad? –preguntó ella, sin dejar de mirarlo.

–De verdad –le respondió él–, pero pronto vas a poder comprobarlo por ti misma.

Empezó a desabrocharse los pantalones y Rose apartó la mirada.

Se quitó los pantalones y la ropa interior.

Rose tragó saliva. Lo que tenía delante era más que impresionante. Y Arturo parecía totalmente ajeno a la perfección de su cuerpo desnudo.

Rose se sentó y bajó de la cama para ponerse delante de él. Ya estaba medio desnuda y quería quitarse la falda cuanto antes, pero antes de que pudiese hacerlo, él le sujetó la mano y la llevó a su erección.

–Déjame… –murmuró.

No quería precipitarse, aunque su cuerpo estuviese a punto de estallar.

Fue él quien le quitó la falda y Rose se quedó solo con las braguitas de algodón. Arturo se quedó inmóvil.

Se arrodilló y la agarró por el trasero, y jugó con cuidado con la parte más íntima de su cuerpo, haciéndola dar un grito ahogado y contener la respiración.

Cuando la acarició con la lengua, Rose volvió a gemir y enterró los dedos en su pelo rizado mientras separaba más los muslos.

Rose se estaba derritiendo.

El placer era intenso, casi insoportable, nunca había sentido nada igual, ni siquiera se había imaginado que se podía sentir algo así. Solo podía disfrutar de la sensación, su cabeza no era capaz de pensar.

Advirtió que, sin darse cuenta, había empezado a moverse al mismo ritmo al que él la acariciaba.

Estuvo a punto de protestar cuando Arturo se apartó y se puso en pie. La tomó en brazos y la tumbó en la cama como si no pesase nada.

Rose había esperado que todo fuese más rápido y salvaje, pero

Arturo le colocó los brazos por encima de la cabeza, le ordenó que no se moviera y después se sentó sobre los talones para observarla con evidente admiración.

Ella pensó, aturdida, que si siempre era así en la cama lo sorprendente era que no hubiese una fila de examantes esperándolo en la puerta para volver a acostarse con él.

–Deja que lleve yo las riendas por el momento –le pidió él.

Y ella, todavía con las manos por encima de la cabeza, sonrió.

–¿Insinúas que no eres tú el que lleva las riendas siempre? –bromeó–.

Porque no te creo.

–Es verdad. Algunas personas han llegado a acusarme de ser muy… asertivo.

En esos momentos lo estaba siendo. Con sus pechos.

Los besó, los mordisqueó, haciéndola gemir y retorcerse. Le lamió un pezón y después se lo chupó, metiéndoselo en la boca y jugando con él con la lengua. Y, mientras lo hacía, bajó una mano a la parte interior de sus muslos y la acarició también allí.

Qué maravilla.

Rose estaba muy húmeda y no le importaba. No podía estar más excitada.

La posición de sus brazos hacía que, de alguna manera, aumentase la sensibilidad de sus pechos, y cada unas de las caricias de Arturo le hacían desear ponerse a gritar.

Él recorrió su estómago a besos y Rose tomó aire, esperando que bajase más y llegase allí, entre sus piernas.

Arturo llegó y volvió a acariciarla con la lengua. Ella arqueó la espalda y separó más las piernas.

La sensación de placer la golpeó como un tsunami y ella se dejó llevar mientras gritaba y se agarraba a las sábanas.

–¿Te ha gustado? –le preguntó Arturo poco después, tumbándose a su lado y metiendo una pierna entre sus muslos.

Rose lo abrazó por el cuello y lo besó en la cara.

–Lo siento.

–¿El qué?

–Haberme quedado ahí tumbada… disfrutando…

–No sabes lo mucho que he disfrutado yo dándote placer.

Rose sonrió y se apretó contra él, decidiendo tomar la iniciativa. Pasó las manos por sus hombros, bajó por el pecho y jugó con sus pezones.

Después bajó para poder tomar su erección con la boca, él la hizo cambiar de posición para poder dedicarle la misma atención.

Fue un intercambio de intenso placer que volvió a excitar a Rose.

Ella nunca se había sentido tan desinhibida. Siempre se había acercado al sexo opuesto con cautela, para evitar que le hiciesen daño. Nunca se había dejado llevar con nadie, aunque tampoco hubiese habido muchos hombres en su vida, y le sorprendía estar haciéndolo con aquel, que no estaba destinado a quedarse en su vida.

Aquello no tenía sentido.

Pero disfrutó acariciándolo con la lengua y sintiendo sus caricias.

Y entonces ambos supieron que se habían terminado los juegos y decidieron parar antes de llegar al orgasmo.

Arturo se apartó de ella para ponerse el preservativo y luego se tumbó encima.

Rose casi no podía contener la emoción. Estaba deseando tenerlo dentro y gimió en cuanto la penetró.

Art nunca había conocido a una mujer tan sensible como aquella. Parecían estar hechos el uno para el otro y el orgasmo que tuvieron juntos fue increíble.

Tardaron unos segundos en poder separar sus cuerpos. Lo habitual era que Art terminase y escapase corriendo a darse una ducha.

En aquella ocasión, salió de ella y la abrazó. Se preguntó qué acababa de hacer. Había ido allí con un objetivo que nada tenía que ver con lo que acababa de ocurrir.

Pero miró a Rose, que estaba ruborizada, con los labios separados, sintió el calor de su cuerpo y lo único que deseó fue volver a hacerla suya.

Art supo que estaba siendo débil. Era la primera vez que anteponía una mujer a su sentido común, a su trabajo.

¿Qué iba a hacer?

Art sabía lo que debía hacer. Marcharse. Salir de allí y volver a Londres, a su vida real. Tenía que poner fin a aquella farsa y hacer el trabajo que tenía que hacer a través de sus abogados y asesores. La tierra le pertenecía y pasar de puntillas por ello era su decisión, no una obligación.

Aunque la comunidad reaccionase mal, en seis meses todo se habría tranquilizado y la vida continuaría su curso normal.

Su presencia allí y su deseo de hacer más fácil el proceso serían la prueba de su buena fe.

Pero al final conseguiría lo que quería, como siempre.

Y, mientras tanto, aquello era una… complicación.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó Rose, adormilada, abriendo los ojos para mirarlo–. No, no me lo digas. Ya lo sé.

–¿Sabes leer el pensamiento? –dijo él, sonriendo y dándole un beso en la punta de la nariz.

Tomó uno de sus pechos con la mano y se maravilló de lo bien que encajaba allí. No era ni demasiado grande ni demasiado pequeño.

–Estás pensando que tienes que marcharte a tu dormitorio y tienes razón, es tarde y quiero dormir.

–¿Me estás echando de tu habitación? –murmuró él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y lamiéndole después el cuello.

Ella se retorció y se rio suavemente.

–Te estoy diciendo que necesito dormir –le contestó, apartándose de su lado para ir al cuarto de baño.

–¿Y qué pasa si un hombre con sangre en las venas se despierta al amanecer y necesita tener a su mujer al lado?

Rose se quedó inmóvil un instante y después respondió:

–¿Que baja a la cocina y se prepara un vaso de leche?

–Respuesta incorrecta –declaró él, sentándose y agarrándola para que no se marchase–. Jamás pensé que diría esto, pero me gustaría que pasásemos la noche juntos… y, por cierto, también me gustaría que me llamases Art. Ni Arthur, ni Arturo. Art.

Capítulo 6

ART ESTUDIÓ la vasta extensión de terreno que lo rodeaba. Era la misma tierra a la que se había enfrentado el primer día que había llegado allí.

Pero diferente en esos momentos. Tanto el plan como el plazo habían sufrido un revés. Se había acostado con Rose semana y media antes y, si bien su cabeza le había dicho que se marchase de allí cuanto antes, su cuerpo había ganado la batalla y se había quedado.

Desde entonces, habían compartido la cama todas las noches. Era verla y desearla. Era una locura, pero no se podía contener.

Y el terreno…

Se acercó andando al lugar en el que estaba el campamento. Quedaban algunos rezagados, pero la mayoría se había marchado. Había conseguido convencerlos de que era mejor pedir ayuda para la comunidad a aquel promotor que intentar luchar contra él.

Art les había aconsejado que se pusiesen en contacto con el equipo legal de DC Logistics y que pidiesen ayuda para la escuela, la biblioteca y los campos de deporte.

–Siempre hay una manera de solucionar los problemas –les había dicho, sabiendo que aquellas peticiones serían aceptadas.

Y se alegraba de haber mejorado la situación, en gran parte, porque les había tomado cariño y había visto, en primera persona, lo mucho que les importaba su tierra.

En Londres no había aquel espíritu de comunidad.

Y, además, Rose también había aceptado que aquella era la mejor solución.

Así que Art ya había hecho su trabajo allí.

Debía sentirse bien consigo mismo. Había llegado el momento de pasar a la segunda fase del plan. Sabía que no habría obstáculos, así que tenía que hacerlo.

Pero en aquellos momentos se dio cuenta de que conseguir su objetivo había tenido un precio inesperado.

Rose.

Se giró bruscamente hacia el viejo todoterreno que ella le había prestado.

–Estaré trabajando sin parar una semana más o menos –le había dicho riéndose mientras lo abrazaba por el cuello–. Tú haz lo que quieras. Te has convertido en el consejero de la mitad de la

comunidad al asegurar que el promotor va a aceptar sus extravagantes exigencias. Y yo, la verdad, es que voy a agradecer tener la mesa de la cocina limpia.

Art tenía que habérselo contado todo. Eso era evidente.

Pero se había dicho que ambos eran adultos y que se gustaban. ¿Cuál era el problema? Y que con dejar claro desde el principio que no se iba a quedar allí, su conciencia estaría tranquila.

Siempre había funcionado así con las mujeres. Con sinceridad, sin hacer promesas, pero la situación con Rose era diferente y eso era algo que no había previsto.

Había mentido acerca de quién era en realidad porque no había pensado quedarse allí mucho tiempo y porque Rose no iba a descubrir su verdadera identidad, pero iba a tener que pagar el precio de aquel engaño.

Todavía no eran las seis de la tarde. Había pasado el día entre la biblioteca, donde había conseguido trabajar con toda tranquilidad, y un hotel de cinco estrellas, cerca de Oxford, donde había organizado una reunión con el director financiero de una empresa que pretendía comprar.

Se preguntó si le remordía la conciencia después de haber vuelto durante unas horas a la realidad.

No lo sabía, pero, en cualquier caso, sí sabía que no podía desaparecer sin más. Le debía una explicación a Rose.

Quince minutos después estaba en su casa. La encontró sola en su despacho, Phil se había marchado ya.

Al oírlo llegar, levantó la vista y sonrió.

Él le había dicho que no quería comprometerse ni le gustaba jugar a las familias, pero todas las noches cocinaban juntos y charlaban de todo un poco.

–Llegas justo a tiempo –lo saludó, poniéndose en pie y estirándose–. Si sigo leyendo este documento voy a acabar dándome cabezazos contra el escritorio. Qué frustración. No te puedes imaginar el argumento tan ruin que esta empresa está utilizando para deshacerse de uno de sus empleados más antiguos solo porque les sale más barato contratar a una persona más joven.

–Qué serían sin ti los desvalidos –comentó él.

Luego apretó los puños, se acercó al ventanal, se sentó en la repisa y se quedó en silencio unos segundos.

–¿Te decepciona que la protesta haya terminado así? –le preguntó de repente a Rose, girándose a mirarla desde donde estaba.

No tenía ni idea de cómo comenzar aquella conversación y,

mucho menos, cómo iba a terminar. Por primera vez en su vida estaba cayendo en picado y no llevaba paracaídas, y odiaba la sensación.

Para un hombre para el que el control era tan importante, aquella era su peor pesadilla.

Rose inclinó la cabeza y la sonrisa con la que lo había saludado se apagó.

Sintió que algo no iba bien, pero no supo el qué.

–No estoy decepcionada… –comentó ella, pensativa–. Siempre supe que la protesta iba a ser en vano porque el terreno ya estaba vendido y tenían todos los permisos de construcción, pero me parece que, si los promotores aceptan todo lo que la comunidad ha pedido, el resultado habrá merecido la pena.

–Aceptarán.

–Te veo muy seguro –respondió Rose riéndose, pensando que aquello era típico de él y le…

El corazón se le detuvo de repente, empezó a sudar. Aquello no le resultaba gracioso, sino que le encantaba de él.

–Lo estoy.

–Pues sería fantástico para la comunidad. Aunque yo siga odiando a las grandes promotoras que piensan que pueden hacer siempre lo que quieran, tengo que admitir que no todas se molestarían en intentar apaciguar a los disgustados lugareños.

Art no respondió. Se había acostado con ella y habían hecho juntos cientos de cosas que él no había hecho con nadie más. Y eso lo inquietaba, pero saber que iba a marcharse de allí muy pronto lo alivió. No estaba hecho para preparar la cena en pareja ni para pintar habitaciones y, de quedarse allí, antes o después se habría cansado de aquello.

Rose lo estimulaba en aquellos momentos, pero no podía durar.

Antes o después, Art siempre se cansaba.

Y aquel era el motivo por el que debía marcharse. Rose, en contra de todo lo previsto, había resultado ser una mujer muy romántica y, si Art se quedaba allí mucho tiempo, corría el riesgo de enamorarse de él.

Y entonces… ¿qué? ¿Le rompería el corazón para después marcharse? En realidad, le estaba haciendo un favor.

–Eso es porque siempre hay más de lo que parece, y eso incluye a las promotoras multimillonarias.

–¿De verdad? No me había dado cuenta. ¿Vas a contarme qué ocurre, Art, o quieres que te lo ponga todavía más fácil?

–¿Qué quieres decir? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Quiero decir que… es evidente que ocurre algo y que no quiero que te molestes en buscar las palabras adecuadas. Te marchas. Tu tiempo aquí se ha terminado. Tal vez te vayas un poco decepcionado por cómo ha terminado todo.

–Más bien al contrario –admitió él.

–¿No te marchas?

–Sí, sí, en eso tienes razón. Ha llegado la hora de hacer las maletas.

Rose lo miró y se sintió horrorizada por lo mucho que le dolía oír aquello.

Art se marchaba. Ella había sabido que aquel momento iba a llegar, pero él acababa de confirmárselo y se sentía como si un tren acabase de pasarle por encima. No obstante, y aunque le temblaban las piernas, se quedó donde estaba, de pie.

–Por supuesto –respondió en tono educado.

–Sabías que me iba a marchar.

–En busca de otra causa.

–No, pero creo que es mejor que nos sentemos para continuar con esta conversación.

–¿Por qué? –inquirió Rose, preguntándose si sería capaz de andar sin caerse.

–Porque… es posible que lo que voy a decirte te resulte sorprendente.

Rose lo miró con cautela y decidió no sentarse detrás de su escritorio. Al fin y al cabo, no iba a tener una entrevista, aunque el ambiente que reinaba allí fuese todavía más serio.

Se dirigió hacia el salón, que era el único lugar del piso inferior, aparte del aseo, que no se había convertido en algo útil y que le proporcionaba ingresos.

Como el resto de las habitaciones de la casa, tenía los techos altos y era muy amplio. Estaba pintado en tonos suaves de gris, crema y lavanda y los muebles eran de calidad y bonitos.

Rose se dejó caer en el sofá y vio en tenso silencio cómo Art la seguía.

–¿Por qué no te ahorras el dramatismo y me dices ya lo que me tengas que decir? De todos modos, ya me lo habías advertido, así que no te preocupes, que no me voy a poner a llorar.

–Será mejor que te lo enseñe –le dijo Art, sacando el teléfono y buscando algo en él antes de pasárselo a Rose.

Después esperó con la mirada clavada en su expresivo rostro. Más tenso que en toda su vida.

Vio desconcierto y después confusión, incredulidad y,

finalmente, horror.

Rose siguió con la vista clavada en el teléfono mucho después de haber terminado de leer el artículo de prensa, uno de muchos, que había en Internet acerca de él, como si no fuese capaz de reaccionar.

Era su biografía, breve y concisa, repleta de historias de éxito de un hombre que había conseguido sus primeros mil millones de euros con treinta y cinco años.

Por fin levantó la vista, aturdida.

–¿Eres DC Logistics…?

Él se ruborizó, pero no iba a justificarse.

–Sí.

–El tipo contra el que hemos estado luchando.

–Sí.

–Y viniste aquí y fingiste ser… ¿Por qué? –le espetó, temblando–. Eres un canalla.

Se apartó de él como si le diese asco y fue hasta la enorme chimenea victoriana, donde se apoyó antes de mirarlo con los ojos muy abiertos.

–Viniste aquí con un plan, ¿verdad? Para infiltrarte y ponernos de tu parte.

No te gustaba que protestásemos porque no queríamos tus casas.

Art apretó la mandíbula, pero no pudo decir nada para refutar sus acusaciones.

–La tierra ya era mía. Iba a construir, os gustase o no. Así que pensé en actuar de manera diplomática para intentar hacer que entraseis en razón antes de que llegasen las máquinas, y hacerlo desde mi despacho de Londres no iba a funcionar.

–Me has utilizado.

–Yo… –empezó Art, pasándose una mano por el pelo–. No te he utilizado.

Ambos hemos disfrutado de lo que ha ocurrido entre los dos. Y podría haberme marchado de aquí sin decirte nada.

–¿Quieres que te dé una medalla por haberme contado la verdad?

–Tampoco tenía por qué hacer las concesiones que he hecho.

–Ahora entiendo que estuvieses tan seguro de que la promotora iba a aceptar nuestras condiciones. Tú eras la promotora.

–He jugado limpio.

–¡Has mentido!

–Solo he utilizado un pequeño subterfugio.

–Has venido aquí y…

Rose se giró, necesitaba tranquilizarse. Respiró hondo varias veces y después se obligó a volver a mirarlo. Él la miró a los ojos como si no tuviese nada que ocultar y eso la enfureció todavía más.

–Permití que te alojaras en mi casa –comentó riéndose con amargura–.

¡Por eso insististe en pagarme el alquiler! Eres rico. Supongo que te sentías culpable de estar viviendo de alguien con una economía mucho más humilde.

En una casa que necesita todo tipo de reparaciones. Apuesto a que jamás en tu vida habías pintado una pared ni habías hecho ningún trabajo manual.

–Repasar todos los detalles en los que te has sentido engañada no nos va a ayudar.

–Me he acostado contigo.

Aquellas palabras, que cayeron como piedras en un pequeño estanque, hicieron que ambos se quedasen en silencio, un silencio tenso e incómodo.

–Supongo… –le dijo Rose– que eso también formaba parte del plan, para ponerme de tu parte.

–¡Eso es ultrajante!

–¿De verdad? No me digas… Entraste en mi casa a base de engaños.

–Me habría quedado gustosamente en un hotel.

–Aceptaste mi hospitalidad y la utilizaste para conseguir lo que querías. No me puedo creer que haya sido tan tonta como para pensar que eras un hombre honesto.

–Acostarme contigo no formaba parte del plan –comentó Art sacudiendo la cabeza mientras se dejaba caer en el sofá con las piernas separadas.

Rose se acercó y se detuvo delante de él con los brazos cruzados.

–¿Dudas de mí? –le preguntó él, fulminándola con la mirada.

Rose apretó los labios.

–¿De verdad piensas que te habría hecho el amor como lo he hecho si no me sintiese atraído por ti?

Ella se ruborizó. Recordó la intensidad y la pasión de sus encuentros sexuales.

No, eso no lo había fingido, estaba segura. Art había ido allí con un objetivo, pero acostarse con ella nunca había formado parte del plan. Y tal vez debiese sentirse mejor por ello, pero pensó en lo que había sentido por él y se sintió muy tonta por haber pensado que lo suyo podía ser algo más que una aventura.

Se sintió humillada.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo había podido ocurrirle a ella? Siempre era cauta. ¿Cómo había podido lanzarse a las vías del tren pensando que podría salir bien?

–Tienes que marcharte –le dijo en tono frío.

–He sido sincero contigo –respondió Art, poniéndose en pie.

Su altura y su dominante presencia hicieron que Rose retrocediese alarmada.

Era como si Art absorbiese todo el oxígeno de la habitación y la dejase sin aliento, y la fuerza de su reacción la asustó porque sabía que no quería sentir aquello mezclado con rabia, odio y desilusión.

–Bueno, pues muchas gracias por tu maravillosa demostración de sinceridad, ¿vas a cumplir lo que le has prometido al pueblo?

–¡Maldita sea, Rose! –rugió él–. Podría haber desaparecido sin más, pero he preferido contártelo todo. ¿Por qué no me das un respiro?

Se acercó ella y la arrinconó sin que a Rose le diese tiempo a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Chocó contra la pared y él apoyó ambas manos al lado de su cabeza para que no pudiese escapar.

–No vine aquí a… –dijo Art, apartando la mirada y apretando la mandíbula con frustración– jugar con nadie.

–Viniste aquí a salirte con la tuya para que te dejásemos en paz y te pusiésemos las cosas más fáciles.

–¿Y acaso es un delito? Compré el terreno siguiendo todos los cauces legales. Y, sí, admito que pensé que todo sería más fácil si no tenía que pelearme con los manifestantes, pero conozco a muchos grandes empresarios que no se habrían preocupado lo más mínimo por esos manifestantes.

–¡Podrías haber sido sincero desde el principio!

–Y me habrías mandado al sheriff para que me echase de aquí antes de que me hubiese dado tiempo a decir la primera frase.

–Eso no es cierto.

–¿No?

Rose se sonrojó. Estaba aspirando el olor de Art y se estaba volviendo loca.

–Pensé que lo mejor sería hacer entrar en razón a un grupo de personas que, de todas maneras, nunca iban a ganar la guerra. No se me pasó por la cabeza tener una relación con alguien del pueblo, y mucho menos…

Rose levantó la barbilla y lo desafió con la mirada.

–¿Qué? ¿Que romperías tu código de conducta compartiendo la cocina con una mujer?

–Más o menos –murmuró él, apartando la mirada un instante antes de volver a mirarla a los ojos–. Estás dolida y lo entiendo.

Rose arqueó las cejas. No quería demostrarle lo destrozada que estaba, pero le estaba costando mucho guardar la compostura, sobre todo, teniéndolo tan cerca.

–Gracias. Eso me hace sentir mucho mejor –le respondió ella en tono sarcástico.

–No soy bueno para ti –añadió él, sonriendo de medio lado y apartándose un poco, aunque siguió delante de ella.

–No, no lo eres.

–Te mereces a un hombre mucho mejor.

–Sí –respondió ella, y su gesto cambió, como si fuese a echarse a llorar–.

Siempre he sabido que los hombres con dinero no tenían escrúpulos y ya he visto que tengo razón.

–Me niego a entrar en un debate acerca de eso. No pienso que tus vecinos estén de acuerdo cuando realicemos las mejoras en el pueblo.

–Que te gastes el dinero aquí no te convierte en una persona honrada. No significa que tengas ningún tipo de… espiritualidad.

–No pensé que le estuvieses dando tanta importancia a mi fascinante falta de espiritualidad cuando estábamos juntos en la cama.

–¿Cómo te atreves a decir eso?

Se hizo el silencio. Rose tenía las pupilas dilatadas y se sentía humillada porque, a pesar de todo, no podía desearlo más.

Respiró hondo y cerró los ojos, y no se dio cuenta de que Art estaba alargando los brazos hacia ella hasta que la tocó, le acarició la mejilla.

–Todavía me deseas –murmuró él y Rose lo fulminó con la mirada–. Me deseas y no puedes negarlo.

Rose abrió la boca para negarlo. ¿Cómo se atrevía?

–¿Vas a mentirme? –le preguntó Art en voz baja, sensual–. No puedes quedarte ahí y acusarme de ser un monstruo del engaño y después mentirme acerca de algo que es tan obvio.

–¿Qué importa? –replicó ella–. ¿Qué pasa porque me sienta atraída por ti?

Jamás volvería a dejarme llevar por esa atracción otra vez, aunque tampoco creo que se dé la situación.

Respiró hondo.

–Es cierto que fuiste sincero desde el principio y me dijiste que no te ibas a quedar aquí mucho tiempo, pero tu engaño me duele,

fuese un engaño planeado o no. Y nunca te lo perdonaré.

Art apretó los labios.

–Nunca me he esforzado mucho por conseguir el perdón.

–¿Puedo preguntarte algo antes de que vuelvas a tu vida de rico? –le preguntó Rose, cruzándose de brazos, orgullosa de poder seguir hablando sin que le temblase la voz.

–Supongo que vas a hacerlo sea cual sea mi respuesta.

–Si nos hubiésemos mantenido firmes, ¿te habrías impuesto? ¿Habrías seguido adelante con la urbanización?

–Sí.

Rose frunció el ceño. Art había dudado un instante, aunque tal vez hubiesen sido imaginaciones suyas.

Apartó la mirada de él porque volvía a tener ganas de llorar.

Puso distancia entre ambos y recuperó la compostura.

–Iré a por mis cosas –dijo él de repente–. Tardaré como mucho quince minutos.

–Espero que no necesites mi coche para llegar a la estación. Podrías llamar a tu chófer para que viniese a buscarte, si no, seguro que encuentras el lugar adecuado para que aterrice tu avión.

–Mi chófer ya viene en camino.

–Por supuesto –comentó Rose en tono ácido–. Te dejaré para que puedas terminar de recoger. Ya sabes dónde está la puerta.

Rose no miró atrás. Fue directa a su despacho y cerró la puerta tras de sí, pero no lloró. Sabía cómo contener las lágrimas. Lo había aprendido a una edad muy temprana.

Capítulo 7

SENTADO al frente de la mesa de conferencias, con unas veinte personas mirándolo, Art solo fue capaz de sentir apatía a pesar de que iba a firmar un acuerdo de varios millones de dólares.

Hacía tres semanas que no veía a Rose, pero todos los días recordaba su último encuentro.

Y eso lo enervaba.

No se podía concentrar. Había quedado con dos mujeres. Con la primera había aguantado una hora antes de poner una excusa y marcharse. Con la segunda directamente había anulado la cita para no tener que sufrir otra velada de tortuosas banalidades.

Soñaba con Rose.

Pensaba en ella de día y soñaba con ella por las noches.

Y se preguntaba si sería porque no habían terminado bien.

Él se había marchado cuando todavía la deseaba y tenía la sensación de que se había quedado insatisfecho.

Además, se había marchado sabiendo que ella todavía lo deseaba.

Era frustrante porque estaba acostumbrado a controlar siempre todas las facetas de su vida. Y en aquel caso estaba empezando a pensar que no podría olvidarse de Rose si no se acostaba con ella una vez más.

Su orgullo lo instaba a olvidarse de aquella posibilidad. El sentido común le advertía que no fuese por ahí. La letanía de complicaciones que podía depararle el volver a acostarse con ella era demasiado larga y hacía que fuese poco probable que ella quisiese acostarse con él. Era evidente que le gustaba a Rose, ella misma lo había admitido, pero lo había admitido con el ceño fruncido.

Art se sintió frustrado al pensar aquello, y confundido. Se preguntó si sería así como se sentía uno cuando lo dejaban, situación en la que no había estado nunca.

Cumplió con sus tareas durante toda la mañana. Firmó el acuerdo. La cuenta bancaria de su empresa no podía estar mejor.

Pero no le importó. Dos horas y media después marcó el número de Rose y se sentó en su sillón, esperando a ver si respondía o no. Su nombre aparecería en la pantalla, advirtiéndole acerca de su identidad. Y de la respuesta de Rose dependería lo que haría él. Se lo dejaba al destino.

Por primera vez en semanas, Art se sintió cómodo. Estaba haciendo algo.

Había dejado las cosas claras, no había medias verdades entre ambos. Él quería verla, a ver qué pasaba…

La vida era un misterio.

Oyó su voz e inmediatamente se puso recto, en alerta, sabiendo que quería hacer aquello.

–Hace mucho tiempo que no hablamos –le dijo, echándose hacia atrás y estirando las piernas.

Rose había dudado antes de responder a la llamada. Nada más ver su nombre en la pantalla se le había hecho un nudo en el estómago a pesar de que llevaba tres largas semanas imaginándose cómo reaccionaría si ocurría aquello.

–¿En qué puedo ayudarte? –le preguntó en tono frío.

–¿Te sorprende tener noticias mías?

–¿Me llamas para algo en particular, Art? Porque estoy bastante ocupada en estos momentos.

–Casi he terminado con los detalles de la inversión que voy a hacer en tu comunidad.

–No lo sabía. He dejado eso en manos de un abogado de Oxford, un amigo.

Seguro que él podrá darte detalles del proceso, yo le he dicho que no es necesario que me informe hasta que no se haya terminado todo.

–Pues a mí me gustaría que fueses tú la que zanjase este tema.

–¿Yo? ¿Qué? ¿Por qué?

–Porque tú lo empezaste, por así decirlo. Así que es justo que tú lo termines. Además, si voy a gastarme una gran cantidad de dinero en la comunidad, prefiero estar con contacto con alguien que conozca el lugar de primera mano. Tal vez sea generoso, pero no soy inocente. No quiero que se malgaste mi dinero, así que no quiero que le pases el tema a otra persona.

–Yo no tengo tiempo.

De todos modos, Rose pensó que no tendría que volver a verlo. No lo soportaría. Ya era duro oír su sensual voz al otro lado del teléfono.

–Pues tendrás que sacar tiempo de alguna parte –le dijo Art–. Solo te pido que termines el trabajo que empezaste, Rose. ¿Cuándo podrías venir a Londres para que hablásemos del tema?

–¿Nosotros? –preguntó ella.

–Sí, nosotros –le dijo él–. No te puedo pedir que termines tu trabajo y no hacer yo el mío. Mi gente se ha ocupado de todos los

trámites. Podemos cerrar el acuerdo. Y pienso que estaría bien que les echases un vistazo a las casas que pretendo construir en el terreno.

–No sé para qué –respondió ella, aclarándose la garganta, preguntándose si podía negarse a hacer aquello.

–No tiene sentido que te lo explique por teléfono. ¿Cuándo podrías venir?

Yo pienso que deberías quedarte en Londres un par de días, para que podamos planear bien la distribución de mi dinero. De hecho, tal vez haga falta una semana. Si quieres, te dejaré un despacho en mis oficinas de la ciudad para que puedas seguir ocupándote de tus clientes. También podrías tomarte unas vacaciones y disfrutar de la ciudad. Es muy distinta al campo.

–¿Ir allí? ¿A Londres? Ya sé que la ciudad es muy distinta al campo, donde solo tenemos vacas y una oficina postal, una tienda y un pub por si alguien quiere salir de noche.

–Yo no he pensado ni he dicho eso. Tengo mi agenda a mano. Podría dedicarte algo de tiempo pasado mañana. No será fácil, pero cuanto antes lo cerremos todo, mejor, así podremos empezar a construir en el terreno. Y no hace falta que te recuerde que si el inicio de la obra se ha retrasado es una mera formalidad y un detalle contigo.

Rose detectó la crispación de su voz y se lo imaginó mirando el reloj, deseando ponerse con asuntos más importantes. Art estaba haciendo lo que pensaba que era lo correcto al implicarla en el proceso final, y lo que, según él, tenía más sentido. Ella había apoyado a los manifestantes y lo justo era que tomase una parte activa en la decisión de cómo se iba a gastar el dinero.

Estaba reaccionando de manera exagerada porque todavía la invadían emociones contradictorias cuando pensaba en él. A Art no le ocurría lo mismo. Estaba en el lugar al que pertenecía y pronto se olvidaría de ella. Si hacía lo que ella quería hacer, decirle los miles de motivos por los que no debía tener más relación con un hombre que la había engañado, Art no la entendería. Él le había dado sus motivos para hacer lo que había hecho, había sido sincero y se había elevado a la posición de santo por no haberse marchado sin más. ¿Cuál era el problema entonces? Todo aquello era agua pasada.

Rose se dijo que lo mejor era mostrarse relajada, como estaba haciendo él y tal vez, solo tal vez, si volvía a verlo, en un ambiente distinto, acabaría con aquel efecto que seguía teniendo en ella.

Art estaría en su ambiente y, al parecer, quería terminar con

aquello lo antes posible. Tal vez si estaba un par de días con él se aclararía las dudas, ya que, desde que Art se había marchado no había hecho más que pensar en él y el anhelo, la ira, la decepción y el arrepentimiento le estaban impidiendo dormir y concentrarse en su trabajo.

Así pues, Rose se sintió un poco más tranquila cuando respondió:

–Espera un momento, voy a mirar mi agenda…

Art esperó. Un minuto, dos minutos… Miró el reloj con impaciencia y se dio cuenta de que Rose le había hecho esperar cinco minutos. Inconcebible.

Apretó los dientes y se preguntó qué haría si lo rechazaba, y tenía todo el derecho a hacerlo.

–¿Y bien? –preguntó.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo?

Art se puso recto y sonrió con satisfacción.

–Bien. Dime cuándo vas a llegar exactamente y me aseguraré de que te reserven un alojamiento adecuado.

–Me puedo ocupar yo de eso –replicó ella enseguida.

–No voy a permitir que pagues un hotel.

–No pienso…

–Creo que es justo que te devuelva el favor –le dijo él, interrumpiéndola–, y por si estás pensando en decirme que no quieres aceptar mis favores, permite que te asegure que no voy a gastarme nada de dinero.

–¿Qué quieres decir?

–Que el hotel es mío.

–Cómo no –replicó ella–. No sé por qué, pero no me sorprende. He buscado en Internet, pero tienes tantas propiedades que me quedé dormida antes de terminar de leer. No llegué al hotel.

–Cadena.

–¿Qué has dicho?

–Que es una cadena de hoteles. Invertí un poco hace unos años y ha terminado excediendo todas mis expectativas.

–Me alegro por ti. Me entran escalofríos solo de pensar en lo que debiste de sufrir al tener que enfrentarte a una brocha gorda, un bote de pintura y cuatro paredes desconchadas.

Art se echó a reír.

–Fue un reto imprevisto. Ahora, volvamos al tema que nos ocupa.

¿Necesitas un lugar en el que trabajar? Y, antes de que me digas

que no, ya te aseguro que no será ninguna molestia prestarte un despacho.

–Me vendría bien –respondió Rose entre dientes–. Si me organizo, puedo aprovechar para visitar a un par de clientes mientras estoy en Londres. Y estaría bien tener un lugar al que llevarlos. Además, en algún momento tendré que ir a ver a Anton.

–¿Anton? –preguntó Art, frunciendo el ceño.

–Anton Davies. El abogado que ha estado haciendo todos los trámites en Oxford. Si va a pasarme el trabajo tendré que reunirme con él para ponerme al día y calcular cuánto dinero se le debe. Aunque… no es de los que ponen objeciones.

Art la oyó sonreír y suavizar el tono y se le erizó el vello de la nuca.

Pero pensó que, si Rose trabajaba bajo su techo, por decirlo de algún modo, podría acercarse a verla al despacho en el que estuviese, y conocer a aquel tipo.

No solía sentir celos y pensó en ir concluyendo la conversación.

Cinco minutos más tarde había colgado la llamada con Rose y había hablado con su secretaria para que le reservase una habitación de hotel y le buscase un despacho.

Rose iba a disfrutar de un lujoso hotel de cinco estrellas e iba a tener que trabajar en un despacho en uno de los edificios más prestigiosos de la ciudad.

Art apoyó la espalda en el respaldo con satisfacción. En aquel momento no se parecía en nada al hombre frío, implacable y controlado que conocía el resto del mundo.

Rose no supo qué esperar de su viaje a Londres. Se había dejado llevar por la lógica y el sentido común desde que había aceptado la propuesta de Art, pero en esos momentos, delante de la torre de cristal donde estaba la sede de la empresa de él, tenía el corazón acelerado.

A su lado tenía una maleta llena de prendas básicas. Ropa de trabajo, recatada y seria, no la ropa que solía llevar cuando trabajaba en casa. Quería proyectar una imagen profesional, eficiente e inaccesible. Y en ningún caso quería que Art pensase que era la misma mujer que se había acostado con él.

Así que, con aquel objetivo en mente, se había comprado dos faldas grises y una chaqueta, dos blusas blancas y unos zapatos de tacón negros. El guardarropa perfecto para una mujer que iba de negocios a Londres.

Se había puesto un sencillo sujetador blanco, a juego con las braguitas, e hizo acopio de valor mientras seguía delante del

edificio de cristal con el corazón acelerado.

Había pedido un programa del viaje y se lo habían dado. Llegada a las diez. Le enseñarían su despacho y después la llevarían al hotel a que dejase sus pertenencias. En ese momento debería decidir si quería volver al despacho a trabajar. En cualquier caso, no vería a Art hasta por la tarde, en su despacho, donde discutirían brevemente los detalles de los proyectos que se iban a realizar en el pueblo.

Rose se había comunicado con su secretaria por correo electrónico y había podido leer entre líneas que Arturo da Costa, multimillonario y una leyenda de los negocios y las finanzas, era un hombre muy ocupado que podría dedicarle poco tiempo.

Rose se había tenido que contener para no preguntar por qué se molestaba en recibirla, si tan ocupado estaba, pero entonces había recordado que era el hombre que había intentado apaciguar a los habitantes locales y que debía de ser su obligación ponerle el broche final a su acto de benevolencia.

En aquel momento, mientras respiraba hondo y se dirigía hacia la puerta de entrada de la torre de cristal, se dijo que era estupendo no tener que verlo demasiado.

Así, podría terminar con aquellos recuerdos nostálgicos y fantasiosos que la tenían obsesionada. Podría conocer al verdadero hombre, que no iba a ser el tipo relajado, sexy y extrovertido que le había pintado una habitación de la casa y había cocinado con ella en la cocina mientras le gastaba bromas, sino el verdadero *él*.

Un poco desorientada, entró en un enorme vestíbulo con suelos de mármol, en el que había todo un ejército de recepcionistas que parecían sacadas de la revista *Vogue* y, por si a alguien se le ocurría pensar que había una proporción injusta de modelos femeninas delante de aquellos terminales plateados, también había un buen puñado de hombres que igualmente habrían podido estar en una pasarela. Había gente entrando y saliendo. El ambiente era muy profesional. Así era el negocio de hacer dinero, y se parecía a su lugar de trabajo como un iglú a una playa tropical.

No supo quién la recibiría, pero se imaginó que sería la eficiente secretaria de Art.

Desde luego, no esperaba que apareciese él y no lo vio hasta que no oyó su voz, profunda y sexy, a sus espaldas.

–Aquí estás.

Rose se giró. Había pasado del frío al calor abrasador en tan solo unos segundos. Aturdida, lo miró y estuvo a punto de desmayarse.

–No estaba seguro de que fueses a venir –comentó Art, que ya

estaba excitado a pesar del insulso traje de chaqueta que se había puesto Rose.

Era su rostro. Llevaba días soñando con él y fue volver a verla y revivir todas aquellas imágenes que habían estado flotando por su cabeza y todo el deseo que las acompañaba.

Se alegraba de haber decidido actuar. Podía haberse quedado sentado pensando en ella. Antes o después la habría olvidado, pero no era un hombre al que le gustase esperar.

No podía permitir que su recuerdo siguiese afectándolo en el trabajo y la solución que había encontrado había merecido la pena.

No había pensado en cómo iba a jugar sus cartas cuando Rose llegase. Al principio, había actuado por impulso, cediendo a las exigencias de su cuerpo.

En esos momentos, por primera vez en toda su vida, estaba probando suerte y aventurándose en un territorio que le era desconocido. A la edad a la que debía haber estado divirtiéndose, Art había tenido que crecer deprisa para gestionar el comportamiento impredecible de su padre y el caos emocional y económico en el que este se había quedado después de sus relaciones amorosas. Y, sin darse cuenta, había aprendido a sujetar con fuerza sus emociones y su dinero. Si perdía el control podía terminar como su padre. A la deriva y estafado.

Aquel era el mayor riesgo que había corrido jamás, pero no lo iban a estafar y se olvidaría de Rose en cuanto terminase con aquello.

Todavía la deseaba, tenía que aceptarlo. No tenía sentido, pero así era.

Necesitaba poner fin a lo que habían tenido y al verla ruborizarse delante de él, al ver cómo le temblaban ligeramente las manos, supo que Rose sentía lo mismo.

Aunque ella no lo supiera. Todavía.

Art le dedicó una encantadora sonrisa y Rose apretó los labios.

–Aquí estoy –dijo en tono neutro.

Se preguntó si Art había pretendido insinuar con su comentario que no había querido verlo por el efecto que seguía teniendo en ella. ¿Pensaría que había dudado porque le había dado miedo volver a verlo? ¿O se lo estaba imaginando?

La estaba mirando de una manera…

Bajó la vista y resistió la tentación de ocupar sus manos con algo.

–Tenía la impresión de que iba a recibirme tu secretaria.

–Ha habido un cambio de planes.

–¿Por qué? –le preguntó, mirándolo a los ojos y teniendo que hacer un esfuerzo para no apartar la vista porque tener aquellos ojos oscuros clavados en los suyos era como recibir una descarga eléctrica.

–Digamos que lo que tuvimos fue superior a la suma total de dinero que me voy a gastar en tu comunidad.

Rose sintió que le ardían las mejillas. No quería que le recordasen el pasado. Quería poder meter aquellos recuerdos en una caja y tirarla lejos de su vista.

–No era necesario –le contestó–. No he venido a recordar, Art, no me parece adecuado. He venido a discutir los detalles que haya que discutir y después me volveré a casa. Cuanto antes decidamos lo que tenemos que decidir, mejor.

–En ese caso –respondió él–, vamos a empezar por tu lugar de trabajo…

Era del mismo tamaño que la habitación que compartía con Phil y su asistente y con todas las personas que entraban y salían a su antojo. En comparación con todas las cosas que tenía allí, se quedó boquiabierta al ver un espacio tan limpio, blanco y moderno.

Pensó en el cálido caos de su casa, con los sonidos procedentes de las distintas habitaciones y sintió tanta nostalgia que se le cortó la respiración.

La vida había sido muy sencilla antes de conocer a Art. Llegar a fin de mes mientras se enterraba en todas las causas que defendía había sido un camino de rosas en comparación con aquello porque no había nada más estresante que afrontar emociones. Había conseguido evitarlo durante toda su vida porque nadie lograba traspasar el muro que había construido a su alrededor.

–¿Qué ocurre?

–Nada –murmuró Rose, mirándose los pies.

–¿Te gusta el despacho?

Art se había colocado justo delante de ella y Rose hizo todo lo posible por no sentirse intimidada.

–Es muy… agradable.

–¿Muy agradable? –repitió él, mirando a su alrededor antes de volver a mirarla.

–No estoy acostumbrada a este tipo de sitios –añadió ella, aclarándose la garganta–. Me hace ver el abismo que hay entre nosotros.

–Bueno, esto ya está –balbució él–. Permite que te lleve al hotel. Allí dejarás tu maleta y después iremos a comer.

–Art, no es necesario que te ocupes de mí. No tienes que

llevarme a comer ni a ninguna otra parte. Tu secretaria me dio la impresión de que, en realidad, no iba a verte mucho.

–Ya te he dicho que ha habido un cambio de planes. Supongo que te alegrará oír que le he pedido que me vacíe la agenda.

Rose arqueó las cejas.

–¿De verdad pensabas que me iba a alegrar?

–Cómo echaba de menos tu sentido del humor. Supongo que a algunos hombres les molestará que no te limites a sonreír, pero a mí, no –admitió, mirándola a los ojos y pasándose una mano por el pelo moreno.

Rose se quedó inmóvil. Por un instante, se preguntó si había oído bien.

–¿Me has echado de menos?

De repente, su cuerpo cobró vida propia, se le irguieron los pechos y notó humedad entre los muslos.

Había tenido la esperanza de dejar de desearlo al verlo en su jaula de oro, pero…

No era ninguna experta, pero aquel traje parecía hecho a medida, lo mismo que los zapatos. Su aspecto, ridículamente sofisticado, debía de haberle costado lo que ganaba cualquier mortal durante todo un año. Eso debía haberla molestado, debía haberla repelido, pero estaba embelesada con él.

–¡Pues yo no te he echado de menos! –le dijo–. Y no me gusta que… saques este tema. Lo que ocurrió entre nosotros… ocurrió y no he venido aquí a reavivar el pasado. Ya te lo he dicho.

–Lo sé, pero yo solo estoy rompiendo todas esas barreras y diciendo en voz alta cosas que no quieres oír. ¿Quieres que sea sincero contigo?

–No –murmuró Rose.

–Todavía te deseo, Rose. No sabes cómo me siento ahora mismo, teniéndote aquí. No te he podido olvidar y, la verdad, me estás complicando la vida laboral porque no consigo sacarte de mi cabeza.

–Art, no…

Horrorizada, Rose oyó temblar su propia voz. Lo miró y se quedó sin aliento.

–Quiero tenerte en mi cama –continuó él con voz ronca–. Creo que va a ser la única manera de olvidarte. No voy a tocarte, pero cada vez que me miras… quiero que sepas que no puedo pensar en otra cosa.

Art apartó la mirada.

–¡No tenía que haber venido!

–Pero ya estás aquí. ¿Quieres marcharte? –le preguntó Art, mirándola fijamente.

Rose dudó. Tal y como Art había dicho, ya estaba allí y tenía que solucionar los asuntos por los que había viajado a Londres. Había prometido a sus leales manifestantes que lo haría y no iba a defraudarlos.

–Voy a hacer lo que he venido a hacer –respondió, respirando hondo, sin apartar la mirada–. No pienso volver a casa con las manos vacías. Lo que pienses tú cuando me miras es problema tuyo.

Capítulo 8

SI ART había planeado lanzar semejante bomba, le había salido bien.

Todavía la deseaba. Todavía quería acostarse con ella. Y hacerle todas esas cosas que ella quería que le hiciera.

Rose se sintió aturdida solo de pensarlo. Sabía que Art le había dicho aquello para desequilibrarla. ¿De verdad pensaba que iba a conseguir lo que quería? La había hecho ir a Londres con mentiras y en esos momentos seguía jugando con ella, esperando.

Solo habían pasado cuarenta y ocho horas, pero Rose tenía los nervios de punta. Se sentía como un pececillo rodeado por un tiburón y, lo peor era que el pececillo no podía dejar de fantasear con su depredador.

Art la había invitado a cenar.

–Para hacer contactos –le había dicho en tono irónico un rato antes, cuando se había pasado por su despacho.

Ella había levantado la vista y había fruncido el ceño.

–Yo no he venido a hacer contactos.

–No, pero es una cena benéfica convocada por una organización legal internacional, que representa muchas de esas causas por las que tú luchas.

Varias personas conocidas darán discursos y supongo que, para los intrépidos, surgirá la posibilidad de viajar a lugares en los que peligra la libertad. Tal vez a ti no te interese irte a la otra punta del mundo a erradicar la injusticia, pero tal vez te interese conocer a colegas de profesión a los que sí.

–¿Una cena benéfica?

–Y bastante elegante. Todas suelen serlo.

–No he traído ropa elegante, Art.

–Solo esos trajes capaces de repeler miradas y manos –murmuró él–. ¿Por qué no te compras algo? Lo puedes cargar a mi tarjeta de la empresa. Elaine, mi secretaria, te ayudará.

–No puedo…

Él se encogió de hombros, pero ya había lanzado el anzuelo y Rose había picado.

¿Cómo no?

Ella se dijo que aquello no significaba nada. Le habían dado la oportunidad de conocer a personas a las que admiraba, ¿por qué no iba a aprovecharla porque se tratase de Art? Además, él estaba

seguro de que no iba a aceptar su ofrecimiento de comprarse un vestido, ¿por qué no llevarle la contraria y hacer lo que menos se esperaba de ella?

Rose no era tonta y sabía que Art había ido al pueblo a convencerla de que dejasen de protestar porque estaban retrasando la construcción de su urbanización. Podía haber cargado contra ellos porque tenía la ley de su parte, pero era lo suficientemente inteligente para saber que era preferible una solución diplomática, así que aquella era la ruta que había decidido tomar.

Y después, la había encontrado atractiva y Rose sabía el motivo. Era porque representaba todo a lo que Art no estaba acostumbrado, desde su manera de vestir a la persona que era, que no tenía nada que ver con los estereotipos de mujer con los que él solía relacionarse.

Art salía con modelos y ella era una abogada que trabajaba a menudo gratis y se vestía con ropa ancha.

Había sido una novedad y aquello le dolía.

Intentó pensar en los motivos que le habían atraído de él y se quedó en blanco porque sabía que ninguno era bueno.

Aunque no tuviese sentido, la personalidad de Art la había atraído. Había sido cauta, pero al final no había podido resistirse a su inteligencia, su ingenio y su encanto. Se preguntó si se parecía a su madre más de lo que había pensado. No importaba que su madre hubiese sido una esposa leal, al perder a su esposo se había comportado de un modo que había tenido consecuencias duraderas para su hija. Ella había tenido cuidado de no repetir aquellos mismos errores y le asustaba pensar que no lo había conseguido.

Se había abierto a Art a pesar de saber que no era la clase de hombre que le convenía, pero se había enamorado de él y se había engañado pensando que, tal vez, él pudiese sentir lo mismo por ella.

No era el caso.

Para Art se trataba solo de sexo, por eso le había dicho sin reparos que todavía la deseaba. ¿Qué habría hecho ella para darle a entender que también seguía pensando en él?

Así que, hecha un lío, había ido a comprarse algo para ponerse aquella noche.

Una parte de ella estaba decidida a demostrarle a Art que era más que una abogada de pueblo sin ningún estilo.

Otra parte sentía curiosidad por ver si, en un evento al que no solía tener la ocasión de asistir, podía sentirse atraída por otros hombres. Tal vez para ella Art también hubiese sido solo una novedad en un momento vulnerable.

Así que había ido a por todas y en esos momentos se miraba en aquel espejo de cuerpo entero con satisfacción.

A sus espaldas estaba la lujosa habitación que le había cortado la respiración nada más llegar. Las espesas cortinas, el suelo de madera clara, el mármol del cuarto de baño, la lámpara de araña, el escritorio hecho a mano sobre el que había material de oficina de gran calidad y toda una colección de guías de Londres que había tenido muy poco tiempo de hojear.

Volvió a centrarse en su reflejo.

Se había decidido por un vestido ceñido de un llamativo color frambuesa.

Su estrecha cintura se veía enfatizada por un cinturón de cordón plateado que le daba un toque romano y el largo le llegaba a media pantorrilla. Con los zapatos color *nude* sus piernas parecían kilométricas y su cuerpo más esbelto que nunca.

Con respecto al pelo, había conseguido cita en una peluquería que le había dado unas mechas maravillosas y le había hecho un peinado que ella jamás habría conseguido sola.

También se había comprado un chal del mismo color que los zapatos, se lo puso sobre los hombros y sonrió, nerviosa.

Se sentía como una exótica ave del paraíso.

Por primera vez en su vida, Rose no estaba siendo cauta. Empezó a recoger sus cosas mientras sonaba su teléfono, avisándola de que el chófer ya estaba allí…

Pensó que, de hecho, se había olvidado de la cautela cuando se había acostado con Art por primera vez. Y en esos momentos estaba haciendo algo parecido y lo estaba disfrutando.

Aquello la sonrojó, hizo que se sintiese culpable, pero volvía a estar tranquila cuando se subió a la parte trasera del reluciente Mercedes y durante todo el trayecto, hasta que vio a Art, que la estaba esperando, tal y como habían quedado, en el vestíbulo del hotel.

Salió del coche mientras uno de los mozos le abría la puerta y se sintió como una estrella de cine.

Aquello era más que elegante. Había periodistas haciendo fotografías de los invitados. Aturdida, Rose reconoció rostros del cine y la televisión, uno o dos políticos importantes y sus acompañantes.

Pero todos aquellos rostros se difuminaron al lado de Art, que había empezado a andar hacia ella, causando revuelo a su alrededor.

Estaba impresionante. La camisa blanca enfatizaba su aspecto

moreno. La pajarita negra le quedaba muy sexy, lo mismo que el traje negro.

Rose sintió que flotaba mientras él la acompañaba hasta el interior.

–Estás… –le dijo Art, sin mirarla, inclinándose ligeramente hacia ella y susurrando para que no lo oyese nadie más– sensacional. ¿Era esa la intención?

–Gracias. Muy amable –respondió ella con el pulso acelerado, temblando de placer al notar su aliento en la oreja.

Art se echó a reír mientras entraban en el impresionante salón de fiestas, que estaba lleno de personas importantes.

–No es una descripción que suelan hacer de mí, pero la aceptaré. Mira a todas esas mujeres.

Se tuvo que agarrar a él para no caerse, ya que todo el mundo los observaba.

–Reconozco a algunas de las revistas de moda –añadió–, pero gracias por fingir que yo también estoy guapa.

–¿De dónde sale ese repentino ataque de modestia?

Habían dejado fuera a los paparazzi y, dentro también estaba lleno, pero al menos no los miraban con la boca abierta como el público de la calle.

–Eres la mujer más segura que he conocido.

–Cuando se trata de mi trabajo…

–Superas a todas las mujeres que hay en este lugar.

Rose se echó a reír.

–No, pero gracias.

–Ya sabes lo que siento por ti. Lo único que quiero hacer en estos momentos es sacarte de aquí y llevarte a una cama para hacerte el amor hasta que ninguno de los dos podamos más. Quiero quitarte ese vestido y acariciar todo tu cuerpo. Así que, si te digo que ninguna de estas mujeres te llega a la suela de los zapatos, te lo digo de verdad.

–¡Basta! –le pidió Rose.

Le ardía la sangre en las venas y el deseo era tan fuerte que casi no podía pensar.

–Ya sabes que no quiero que me digas esas cosas.

–Dímelo de verdad.

–Te lo digo de verdad. Es solo que estoy un poco… nerviosa.

–No tienes por qué. Mira a tu alrededor. Si pretendías llamar la atención, lo has conseguido.

Tal vez ella no se diese cuenta, pero Art sí se había fijado en cómo giraban la cabeza otros hombres al verla pasar. Casi todas las

demás iban vestidas para matar, pero de negro. Y Rose era un toque de color, un ave del paraíso con su melena salvaje y larga y su rostro inteligente. Era evidente que era diferente a las demás y eso era muy sexy. Y no solo para él.

A mitad de la velada, Art se dio cuenta de que había desaparecido entre la multitud. Y él, al que le molestaba que las mujeres se pasasen las noches colgadas de su brazo, se sintió todavía más molesto al no saber dónde estaba.

¿Dónde estaba? ¿Y por qué tenía que ir a buscarla?

Aquello lo enfadó. Vio algo rojo, pero enseguida desapareció. Con una copa de whisky en la mano y una rubia que trataba de llamar su atención al lado, decidió que, por el bien de Rose, era el momento de llevarla de vuelta al hotel.

–Tengo que marcharme –dijo, interrumpiendo a la rubia bruscamente y apartándose de la pared en la que había estado apoyado.

Rose se estaba riendo de algo que le había dicho un tipo. Art no era nuevo en aquello. Reconocía a los hombres a la legua.

Se detuvo delante de ellos y Rose frunció el ceño.

–¿Os importa que interrumpa? –preguntó él, interrumpiendo de todos modos–. Casi no te he visto en toda la noche…

–Eso es porque he estado charlando con personas muy interesantes –respondió Rose alegremente, dando un sorbo a su copa de vino–. Por ejemplo, este es Steve y hace un trabajo apasionante en Naciones Unidas.

Steve se ruborizó, se puso recto y le ofreció la mano a Art, que se sintió mayor y cínico al lado de aquel joven. Hizo un par de preguntas educadas, pero con la atención puesta en Rose y con su lenguaje corporal consiguió echar al joven rubio, que desapareció entre la multitud después de intercambiar números de teléfono con Rose.

Detalle que molestó a Art sobremanera.

–Es hora de marcharse –anunció sin más preámbulos.

–Todavía no quiero irme –le dijo ella.

–Qué pena. Llevamos aquí más de cuatro horas, es decir, dos horas más de lo que suelo quedarme en este tipo de eventos.

–Yo me estoy divirtiendo. No hay necesidad de que nos marchemos juntos, ¿no? –comentó–. Sé que hemos llegado juntos, por así decirlo, pero no es una cita y aquí hay muchas personas interesantes a las que me gustaría conocer.

–Ya te he dicho que es una pena. ¿No piensas que ya has tenido suficientes personas interesantes por hoy? ¿O es que después de un

par de copas de vino todo el mundo te va a parecer interesante?

–Eso no es justo.

Art cambió de postura, incómodo porque sabía que Rose tenía razón. Se pasó una mano por el pelo y frunció el ceño.

–Perdona –se disculpó, tirando de su pajarita para deshacer el nudo–, pero te has tomado un par de copas y no estás acostumbrada. No me sentiría cómodo dejándote aquí sola, con lo que va quedando a estas horas.

–¿Piensas que la pobre chica de pueblo podría meterse en un lío? Por cierto, que estos zapatos me están matando. ¿No hay ningún sitio para sentarse?

–Pienso que la pobre chica de pueblo podría terminar con el agua hasta el cuello sin darse cuenta. Y no hay muchas sillas, no. La idea es que la gente haga contactos, no que se duerma en un sillón.

–¿A qué te refieres con lo del agua hasta el cuello?

–Te pones muy sexy cuando te enfadas.

Rose se ruborizó e hizo una mueca.

–No intentes cambiar de tema. ¿Qué has querido decir? Soy más que capaz de cuidar de mí misma. Llevo haciéndolo casi toda mi vida.

–No estás en un pueblo tranquilo en medio de la nada.

A Art no le importó cómo sonaba aquello. No iba a dejarla allí sola. Estaba preciosa y parte de su atractivo residía en su naturalidad, si a eso se unía su inteligencia y su belleza… tenía todo lo necesario para que ocurriese una desgracia en la gran ciudad. Si Rose no se daba cuenta de aquello, por suerte lo tenía a él para verlo en su lugar.

–Ya me había dado cuenta.

–¿Y te has fijado en todos los hombres que te han mirado con lujuria esta noche?

–Veo que tú sí que te has fijado.

Art se ruborizó.

–Has venido conmigo, es normal que me preocupe por ti.

Rose hizo una mueca.

Art notó que tenía las pupilas dilatadas y los ojos muy abiertos. Estaba conteniendo la respiración y, de repente, sintió tanto deseo que se sorprendió a sí mismo.

–¿Debería estarte agradecida? –le preguntó ella con voz ronca.

–No.

–¿No, qué?

De repente, todo el mundo desapareció a su alrededor. Estaban los dos solos, en una burbuja, y Art podía captar todas las

expresiones de su rostro, el sonido de su respiración y el deseo de su mirada.

–No me mires como si quisieras tocarme. No hagas eso. Estás jugando con fuego.

–Empecé a jugar con fuego en el momento en que entraste en mi vida –respondió ella con toda sinceridad.

–Deberíamos marcharnos –le dijo Art con voz ronca, agarrándola del codo para guiarla.

Era evidente que Rose lo deseaba, pero a pesar de que era lo que Art había querido, no quería a una Rose achispada. La quería sobria y desesperada por él, tanto como lo estaba él por ella. No podía conformarse con menos.

Fuera hacía frío y el coche los estaba esperando. Art la hizo entrar y se sentó a su lado.

–¿Piensas que tienes que acompañarme a casa por si me sigue alguno de esos hombres de mirada lujuriosa que acechan a las jóvenes pueblerinas como yo?

–¿Cómo lo has adivinado?

–Es por el vestido. Llama la atención. Cuando me dijiste que había que ir elegante no supe qué comprarme. No pensé que todo el mundo iría de negro.

–Podría haberte advertido. Es habitual que todo el mundo vista de negro, sí, el negro es un color apropiado. En cualquier caso, no es por el vestido.

–¿No?

Rose lo miró a los ojos y no pudo apartar la vista, se humedeció los labios y se estremeció ante su intensa mirada.

–Ya hemos llegado –murmuró Art, aliviado.

–Ya hemos llegado, sí, justo cuando estaba empezando a disfrutar del paseo.

–Veo que te estás divirtiendo –le respondió él cuando estuvieron fuera del coche, de camino a su habitación.

–¿Qué quieres decir?

–Que te estás divirtiendo jugando conmigo –le dijo, sonriendo–. Supongo que sabes el efecto que tienes en mí… No juegues con el sexo…

–Tú también jugaste cuando te acostaste conmigo –replicó ella, metiendo la tarjeta por la ranura y abriendo la puerta.

Entró, pero no cerró la puerta tras de sí, ni le dijo a Art que ya podía marcharse, después de haber tenido el detalle de acompañarla hasta allí. Miró por encima de su hombro, muy seria.

–No fue un juego –le dijo Art–. Fue muy real. Deja de mirarme

así. No voy a hacer nada, Rose. Has… has bebido. No sé qué estás haciendo. No sabes con qué estás jugando.

–Con fuego. Ya me lo has dicho tú. Estoy jugando con fuego.

La cama enorme, cubierta por los mejores algodones y sedas de Egipto, invitaba a tumbarse.

Rose se giró hacia él.

–He bebido –admitió–, pero no estoy tan mal. Entre copa y copa de vino he bebido agua, y he comido mucho. Esos canapés estaban deliciosos.

Se quitó los zapatos y caminó hacia él.

–¿Quieres que ande en línea recta para ti? –le preguntó.

–Quiero que hagas muchas cosas, pero caminar en línea recta no está entre mis prioridades.

–Entonces, ¿qué es lo que quieres que haga? ¿Qué tal esto?

Metió la mano entre sus piernas y notó cómo se ponía tenso.

Art apoyó la mano encima de la suya.

–Te deseo –le dijo Rose, manteniendo el contacto visual. Nunca había estado más sobria–. Cuando me dijiste quién eras en realidad me sentí traicionada y engañada y lo cierto es que no quería volver a verte jamás.

Apartó la mano y la colocó en su nuca. Era como si se sintiese con derecho a tocarlo y solo quisiese hacer aquello.

–Pensé que sería fácil olvidarme de ti. ¿Cómo iba a seguir deseando a un tipo que me había utilizado?

–Rose…

–Sé que me vas a echar una charla acerca de tus intenciones, pero eso me da igual. Lo que me importa es que no he conseguido olvidarme de ti. Da igual lo que hicieras, aun así, has conseguido llegar a mí de un modo… que jamás habría creído posible.

–Subestimaste el poder del sexo –murmuró Art, apoyando las manos en su estrecha cintura.

–Pensé que, viendo a tu verdadero yo, al multimillonario sin escrúpulos, me darías tanto asco que no volvería a sentirme atraída por ti.

Art inclinó la cabeza, él había sentido algo similar, había pensado que, si la veía fuera de su ambiente, en su propio terreno, entraría en razón.

–¿Y no ha habido suerte?

Recorrió su espalda con las manos y después las dejó muy cerca de sus pechos, lo suficientemente cerca para que Rose se estremeciera y entrecerrara los ojos.

–No tiene sentido –gimoteó ella.

–Hay cosas que no lo tienen.

Art no había planeado llevársela a la cama, al menos, aquella noche, pero Rose estaba en pleno control de sus facultades. Las controlaba tanto que podía explicarle por qué estaba haciendo lo que hacía. Aquella era la Rose que él conocía, abierta, sincera, directa y dispuesta a enfrentarse a las dificultades.

Y no podía desearla más.

Aquello era el poder del sexo. Arturo se vio obligado a reconocer, más que nunca, la fuerza del cuerpo frente a la mente. Para alguien que siempre controlaba la situación, aquello era cómo verse lanzado a una corriente enfurecida sin salvavidas. Estaba deseando enfrentarse al reto de luchar contra esa corriente y salir victorioso.

Metió los dedos por debajo de los tirantes del vestido rojo y los bajó. Rose llevaba un sujetador de seda que envolvía sus pechos con cuidado. Art gimió al verlo. El círculo oscuro de los pezones se trasparentaba y las puntas estaban erguidas.

–Le has dado tu número de teléfono a otro hombre –dijo sin saber por qué.

–¿Te has puesto celoso?

–He deseado mandarlo a otro continente de un puñetazo.

–Pero si fuiste tú el que me sugeriste que hiciese contactos…

–No soporto la idea de que te toque otro hombre.

–Hazme tuya –susurró ella, desabrochándose el sujetador y quitándoselo, y haciendo lo mismo con el vestido.

–¿No me lo pedirás porque has bebido vino? –preguntó él, que estaba a punto de alcanzar el punto de no retorno.

No quería que Rose se quedase dormida de repente, quería oírla gemir de placer, no roncar encima de él.

Sonrió solo de pensarlo, porque, si había una mujer a la que dejaría dormirse encima de él, esa era Rose.

–Estás sonriendo –observó ella, empezando a desnudarlo, haciéndolo despacio.

–Sonrío porque te estoy imaginando dormida encima de mí, roncando como un oso, y haciendo que me tenga que dar una ducha fría.

–No te preocupes –respondió Rose con voz ronca–, no he bebido tanto.

¿Tan inseguro te sientes que piensas que una mujer solo dormiría contigo si está borracha?

–Oye…

Art se echó a reír y la empujó con suavidad hacia la cama

mientras terminaba lo que Rose había empezado a hacer y se desnudaba.

–¿Quieres que te demuestre lo tímido e inseguro que soy a la hora de darle placer a una mujer?

Rose se dejó caer sobre la cama y se echó a reír.

–Sí, por favor –le respondió–. Eso es exactamente lo que quiero.

Capítulo 9

ROSE había fantaseado mucho con las noches que había pasado con Art haciendo el amor. Había buscado en su memoria y, con los ojos cerrados, sola en la cama, había revivido las caricias de sus labios y de sus manos, su peso y su manera de poseerla.

Pero en esos momentos, con él allí, se dio cuenta de que su imaginación no le había hecho justicia a la realidad.

Pasar las manos por su cuerpo delgado y fuerte era como probar un néctar después de haber estado tomando vinagre.

Se inclinó sobre él y bajó por su cuerpo para dedicarle toda su atención a aquella impresionante erección mientras él la acariciaba también.

Se le había olvidado lo bien que encajaban sus cuerpos, como si estuviesen hechos el uno para el otro. Se movió contra él, respirando con dificultad, haciendo sonidos guturales mientras lo acariciaba con la lengua y jugaba con su erección.

Se apartó el pelo de la cara y sintió que todo su cuerpo temblaba, preparado para llegar al orgasmo.

–Art… –gimió.

No quería llegar al clímax todavía.

Y entonces fue él quien tomó el control de la situación.

Hizo que se sentase a horcajadas sobre él y pasó la lengua por su sexo mientras la agarraba por la cintura con fuerza. Jugó con ella y, cuando notó que todo su cuerpo se ponía tenso y se le aceleraba la respiración, se concentró en hacerla explotar de placer.

El cuerpo de Rose se sacudió contra su boca y Art pudo saborear su orgasmo.

Cómo había echado de menos aquello.

Y no solo aquello. Se sintió tan bien que tuvo que agarrarse la erección para controlarse, porque estaba a punto de llegar al orgasmo y no quería hacerlo allí, sino dentro de Rose.

Ella se quedó sin fuerzas, tumbada a su lado, entrelazó las piernas con las de él y sus cuerpos se apretaron con fuerza.

–No es justo –murmuró, sonriendo, apretándose contra su erección.

–No, no lo es –admitió Art.

No era justo que Rose tuviese aquel efecto en él, que fuese capaz de trastocar su vida como lo había hecho.

–Deja el hotel –dijo sin pensarlo–, y vente a mi casa durante el resto de días que vas a estar en Londres.

–¿Que deje el hotel?

–No es apropiado.

Era la primera vez que le pedía a una mujer que se quedase en su ático, pero estaba cómodo con la decisión porque ya había un precedente. Había estado viviendo en casa de Rose y no había pasado nada.

Quería tenerla a su disposición y poder tocarla en mitad de la noche.

Quería sentirla, caliente, excitada, a su lado. Metió la mano entre sus muslos y la acarició suavemente.

Luego se apartó para sacar un preservativo de la cartera.

–Por qué no –murmuró ella–. Supongo que podría funcionar…

Separó las piernas y suspiró mientras su cuerpo volvía a excitarse.

–La verdad es que no había pensado que ocurriría esto –admitió.

–Es la historia de mi vida desde que te conocí –comentó Art–. Es posible que me hayas descubierto el placer de lo imprevisto.

–Ambos tenemos el mismo objetivo.

Art le acarició un pecho y después lo tomó con la boca. Pasó la lengua por el pezón y lo chupó.

–El mismo objetivo… –repitió antes de besarla en el cuello.

–No quiero desearte –protestó Rose.

Se imaginó que su próxima amante tendría cerebro y, tal vez, sería la mujer que se quedaría en su vida después de que Art hubiese comprobado por sí mismo que estar en una cocina con una mujer, compartir la cena y fregar los platos juntos mientras charlaban no era algo que temer y rechazar. Ella le había hecho un favor al dirigirlo hacia una dirección diferente y se le encogió el corazón al pensar que, cuando se marchase, Art encontraría otra relación que podría ser la definitiva.

–Y… –continuó, tirando de él porque no podía centrarse mientras la acariciaba–. Sé que tú sientes lo mismo.

Hizo una pausa, fueron unos segundos que él podría haber aprovechado para negarlo o para indicar que tenía algún otro interés que no fuese olvidarse de ella, pero Art no mordió el anzuelo.

–Así que, sí, tal vez, si me mudo a tu casa unos días… bueno… tal vez podamos olvidarnos antes el uno del otro.

Art frunció el ceño.

–Lo mismo he pensado yo.

–La rutina…

–Sabes bien cómo golpear el ego de un hombre. Dentro de un minuto vas a empezar a compararme con un virus.

–Bueno, es que es algo parecido –admitió Rose riéndose.

–¿Y si no se pasa después de un par de días?

Rose supo que Art estaba haciendo de abogado del diablo.

–Se pasará –respondió con firmeza–. No tenemos nada en común, Art. No tenemos lo que es necesario para que haya una relación de verdad, y eso sería lo único que podría impedir que no se nos pase.

Art frunció el ceño.

–Define una relación de verdad. ¿Hay que cumplir con una serie de requisitos o algo así?

–Más o menos, si te soy sincera.

–Y me estás diciendo que yo no cumplo los requisitos.

–Bueno, hay uno que sí que lo cumples.

–Me alegra oírlo.

–Pero, para mí, una relación es mucho más que sexo.

–Y, no obstante, el sexo es una parte muy importante de cualquier relación, pero ya hemos hablado demasiado. Ya me hago una idea. Estamos aquí y estamos haciendo lo que tenemos que hacer, y no sabes cuánto estoy disfrutando con ello.

Art no había mencionado un plazo…

Rose estaba tumbada en su cama, adormilada, observándolo mientras se paseaba por el dormitorio de su ático completamente desnudo, en busca de su ordenador porque, aunque todavía fuesen las seis de la mañana, ya estaba levantado y se iba a poner a trabajar.

Ella estaba calentita, saciada, se sentía bien. Art la había despertado una hora antes y habían hecho el amor muy despacio, medio dormidos. Después de acariciarla con suavidad por todo el cuerpo, había entrado en ella por fin, y a Rose se le habían llenado los ojos de lágrimas y las había notado correr por sus mejillas, y se las había limpiado apresuradamente porque no tenía la menor duda de que aquello no formaba parte del trato.

De hecho, llevaban juntos tres días más de lo previsto.

No habían hablado de cuánto tiempo iba a durar aquello. ¿Cómo iban a hablar de algo así? ¿Cómo saber la cantidad de tiempo que podía llevar cansarse de alguien?

¿Cuánto tiempo tardaría Art en aburrirse de ella? Rose supo que aquello era lo que iba a ocurrir, porque ella estaba muy lejos de olvidarlo. De hecho, cuanto más tiempo pasaba con él, más le iba gustando.

Habían hablado de sexo. Cuando hacían el amor Art le susurraba cosas al oído y la hacía arder de deseo. Le decía cuánto la deseaba y

lo que quería hacer con ella.

Art se movía por deseo. Y cuanto más le demostraba ese deseo, más deseaba ella algo más. Algo más poderoso que el deseo.

Pero eso no estaba en juego, no lo había estado nunca.

Salvo que, en esos momentos, mientras lo miraba, Rose sintió que se le encogía el corazón y supo que no podría ser ella la que iniciase la necesaria ruptura.

Algo mucho más fuerte que el deseo la mantenía allí.

Contra todo pronóstico, se había enamorado de él, y lo único que podía hacer era asegurarse de que Art no se diese cuenta porque, si lo hacía, saldría corriendo.

Él no pensaba en el amor. No con ella. Y nunca lo haría. Se había sentido atraído por la novedad y tal vez todavía siguiese enganchado a ella, pero Rose, que en esos momentos estaba inmersa en su vida, estaba segura de que solo iba a ser una distracción para él.

Art no amaba. Evitaba las emociones fuertes. Y, sobre todo, disfrutaba manteniendo el control de toda su vida, también la emocional. Encontraría a alguien, pero a alguien menos sentimental que ella.

Lejos de ser la mujer equilibrada que se había imaginado ser, Rose se dio cuenta de que el amor la deshacía, y no se sentía avergonzada por ello.

Ni siquiera a sabiendas de que iba a sufrir.

Art sacó el ordenador de entre un montón de ropa y sonrió triunfante mientras la miraba.

–La primera vez que no sabía dónde estaba.

–Anoche tenías mucha prisa –le respondió Rose, obligándose a sonreírle.

–Es cierto –murmuró Art, dejando el ordenador y volviendo hacia ella, se inclinó y le dio un beso en la frente–. Por tu culpa.

Art la miró fijamente, serio, durante unos segundos, y Rose tuvo la sensación de que quería decirle algo. Sintió un escalofrío, pero siguió sonriendo. Solo podía haber una cosa que hubiese hecho ponerse serio a Art y era algo que ella no quería oír.

–Quédate conmigo en la cama –le pidió–. Seguro que el trabajo puede esperar.

–No –respondió él, mirándola todavía con la misma expresión.

–¿Tienes que cerrar algún trato importante? Seguro que, sea lo que sea, puede esperar unos minutos.

Él cambió el gesto.

–Y pensar que siempre me había enorgullecido de ser de los que

aguantan más de un par de minutos… –bromeó–, pero es cierto que hacerlo deprisa también tiene su atractivo.

Suspiró, miró el teléfono y volvió a mirarla a ella con aquella expresión pensativa.

–Por desgracia, esto no tiene nada que ver con el trabajo en sí…

–Tengo la sensación de que estás muy enigmático.

Art guardó silencio unos segundos y, durante ese tiempo, Rose no respiró.

Era el momento de decirle lo que pensaba y, o bien darle permiso para que se alejase, o adelantarse a él anunciando que era ella la que se iba.

No tuvo que tomar una decisión porque el teléfono de Art empezó a sonar y él miró la pantalla.

–Es una llamada privada –comentó, girándose.

Era la primera vez que hacía algo así. Rose contuvo las náuseas y salió de la cama en cuanto él hubo desaparecido por la puerta, corrió al cuarto de baño y se dio una ducha rápida. Se vistió y se preparó, pero Art seguía sin volver.

¿Tan importante era aquella llamada que había tenido que responderla a esas horas, sin tan siquiera molestarse en vestirse?

¿Sería otra mujer?

Rose sabía que lo llamaban del extranjero a horas intempestivas, pero siempre había respondido vestido, delante del ordenador y accediendo a información mientras hablaba.

Aquello era… diferente.

Rose no se podía creer que estuviese durmiendo con ella y teniendo una relación con otra persona. No era aquella clase de hombre, aunque era posible que hubiese conocido a alguien uno o dos días antes.

Tensa y nerviosa, Rose se miró en el espejo. No era nada especial, por mucho que Art le repitiese que era muy sexy.

Era alta y espigada y su aspecto era, en general, poco convencional.

¿Estaría hablando Art con una mujer que tenía más que ofrecerle, físicamente hablando? ¿Estaría volviendo Art a su zona de confort después de haber tenido una aventura con una chica de pueblo?

Lo encontró en la cocina. Y ya no estaba hablando por teléfono. Tampoco estaba desnudo, sino que llevaba una toalla alrededor de la cadera. Debía de haberla tomado del baño de la habitación de invitados.

Estaba preparando café.

Y estaba muy guapo. Y muy sexy. Rose pensó que se había enamorado de él a los cinco minutos de conocerlo.

–¿Quién era?

Art se quedó inmóvil un instante mientras sacaba un par de tazas de un armario.

–¿Quieres café?

–¿No me vas a responder? –preguntó ella, en un tono mucho más inquisidor del que le hubiese gustado utilizar.

–No pensaba que lo que teníamos incluía hablar de nuestras llamadas privadas.

Rose se ruborizó.

–¿Quién era? –repitió casi sin darse cuenta.

–Pienso que es una conversación que es mejor posponer.

–Y yo pienso que tengo derecho a recibir una respuesta. Si era una llamada personal con otra mujer, me merezco saberlo. Sé que no tenemos nada serio, pero no quiero acostarme con alguien que, al mismo tiempo, sale con otra persona.

–¿Es eso lo que piensas? –le preguntó él.

Rose dudó, pero como ya había cruzado aquella línea, supo que tenía que seguir por ahí.

–¿Cómo voy a saber qué pensar si no me cuentas qué está pasando? –murmuró.

–Voy a cambiarme.

–Estás huyendo de una conversación incómoda –lo retó, pero él ya iba en dirección a su habitación.

Rose lo siguió.

–Yo no hago eso –le dijo él muy tranquilo.

–¿No haces el qué, Art? –replicó ella, cruzándose de brazos, decidida a saber qué estaba pasando–. ¿No hablas de temas que te incomodan? Sé que no estás buscando comprometerte ni el amor, pero sí deberíamos respetarnos y, si tú me respetases, no evitarías esta conversación.

Rose tuvo la esperanza de que sus ojos no la delataran. De todos modos, tenía el orgullo suficiente para no confesar jamás que estaba enamorada. Se iba a marchar, pero no quería marcharse y dejarlo pensando que era como las demás.

Art se había quejado de los dolores de cabeza provocados por un par de novias que habían querido que conociese a sus padres, o que habían intentado hacer planes a largo plazo con él.

Art arqueó las cejas y repitió:

–No voy a tener esta conversación. Si piensas que soy un hombre que falta al respeto a las mujeres, que te ha faltado al respeto, es

evidente que no deberíamos estar juntos.

–Art…

–Volveré, pero no me esperes levantada.

–¿Me estás diciendo que no quieres verme aquí cuando vuelvas? Porque, si es así, ¿por qué no tienes las agallas de decírmelo directamente?

–¡A mí nadie me habla así!

Rose se cruzó de brazos y lo miró en silencio. Se estaba rompiendo por dentro, pero se negaba a demostrarle lo mucho que estaba sufriendo.

–En ese caso, tienes razón, no deberíamos estar juntos.

Se hizo un incómodo silencio y después, Art añadió:

–Ya te he dicho que no me esperes despierta.

Rose observó en silencio cómo tiraba la toalla y empezaba a vestirse. No pudo mirarlo. No quería sentirse atraída por él.

Art salió de la habitación sin mirar atrás y, durante unos minutos, Rose albergó la esperanza de que se arrepintiese y volviese.

No lo hizo.

Rose no tenía ni idea de adónde había ido y su imaginación le proporcionó todo tipo de desagradables posibilidades. ¿Había ido a refugiarse en los brazos de otra mujer? ¿Había provocado aquella situación para que ella se marchase?

En cualquier caso, no iba a quedarse allí a averiguarlo. No tenían nada más que decirse.

Recogió sus cosas en un tiempo récord y en diez minutos tenía la maleta hecha.

Miró el vestido rojo que se había comprado para la cena benéfica y decidió que no quería llevárselo.

Media hora después estaba sentada en la parte trasera de un taxi negro.

Art volvió a un ático vacío. Ya había sabido que Rose se habría ido cuando él regresase. Había estado fuera más de cuatro horas. No le había dado ninguna explicación. Rose no había tenido ningún motivo para quedarse allí.

Dio las luces y fue directo a su ordenador, lo encendió. Vio por el rabillo del ojo que Rose había recogido todas sus cosas. No necesitaba perder el tiempo comprobándolo.

La pantalla se encendió y él se dio cuenta de que tenía delante números, letras y símbolos, pero no los veía.

Se imaginó que Rose había tomado un taxi hasta la estación y que estaría volviendo en tren a casa. se sintió tentado a mirar los

horarios del tren, pero se resistió.

Había hecho lo correcto. Aquella reacción lo había reafirmado en su decisión. Había sido débil una vez, había organizado aquello porque todavía la deseaba y había sido incapaz de resistirse a las exigencias de su cuerpo, pero tenía que superar aquella debilidad.

Sabía adónde podía llevar la debilidad emocional. Había aprendido la lección muy joven, una lección que no olvidaría jamás.

La indecisión lo había puesto nervioso y por eso había decidido acabar con ella lo más rápidamente posible. No se había comprometido con una mujer gruñona, que se enfadaba solo porque él se había negado a contestar a un tercer grado.

¿Qué importaba que aquella llamada de teléfono no hubiese tenido nada que ver con una mujer?

Frunció el ceño, cada vez estaba de peor humor. En esos momentos, Rose tendría que estar abrazándolo, desnuda, distrayéndolo.

En esos momentos él debería haberse olvidado del trabajo y debería estar volviendo a la cama con ella, porque era lo único que podía hacer cuando estaban en aquella habitación.

Art se imaginó cuál será la reacción de Rose un par de meses después, cuando se hiciese pública la magnitud de aquella llamada.

Había engañado a Rose una vez y, no obstante, ella había vuelto a su lado, cosa que no debía de haber hecho a la ligera.

El sexo entre ambos era estupendo, pero, conociendo a Rose y su conciencia, ella debía de haberle encontrado un sentido a aquella decisión.

Descubrir lo que inevitablemente iba a descubrir, averiguarlo sin el beneficio de una explicación…

Desistió de su intención de trabajar, se sentó y se frotó los ojos.

No había pensado nunca que tuviese una imaginación especialmente activa o vívida, pero en esos momentos se estaba imaginando el horror de Rose al descubrir, porque lo descubriría, que en aquella extensión de tierra que tanto le importaba habría algo más que elegantes casas.

Se sentiría decepcionada al darse cuenta de que Art había tenido numerosas ocasiones para sacar el tema. Y que la hubiese engañado una vez era imperdonable, pero, dos veces, ya era el colmo.

Art se dijo que tenía que habérselo contado. La llamada de teléfono le había dado la oportunidad perfecta para hacerlo, pero se había cerrado en banda cuando ella había intentado sonsacarlo. Había reaccionado de la manera más predecible, conociéndose a sí mismo.

Y había sido un error.

La verdad era que Rose se merecía sinceridad, e iba a dársela.

Entonces harían borrón y cuenta nueva.

Una vez tomada la decisión, Art no se molestó en consultar el horario de los trenes. ¿Para qué? Tenía dos posibilidades: helicóptero privado o chófer.

O conducir él mismo en uno de sus rápidos coches.

Y eso último fue lo que decidió hacer.

Tal vez llegase a casa de Rose antes que ella, pero no le importaba. Lo que más le importaba en esos momentos era que hablasen.

Le diría lo que le tenía que decir y después se marcharía.

Salió de Londres con poco tráfico. El Ferrari estaba hecho para avanzar con rapidez y en silencio, y así lo hizo.

En circunstancias normales, habría disfrutado de la sensación de conducirlo, pero su mente estaba demasiado ocupada en prever la conversación que iba a tener lugar.

Llegó a casa de Rose en un tiempo récord y supo, sin necesidad de llamar al timbre, que ella todavía no estaba allí.

Con un poco de suerte, no se habría entretenido paseándose por Londres antes de tomar el tren y llegaría pronto.

Art aparcó el coche de manera que pudiese verla nada más llegar al camino. Ya que en esa ocasión no la iba a dejar huir.

Rose estaba agotada cuando llegó por fin a la terminal desde la que salía su tren. La lentitud del viaje la habría puesto de los nervios en cualquier otro momento, pero en aquella ocasión disfrutó. Tenía la cabeza a punto de estallar, lo mismo que el corazón.

Y en el centro de todos aquellos pensamientos y sentimientos estaba la oscura certeza de que no volvería a ver a Art. El vacío que había en su interior era tan grande que amenazaba con tragársela como un agujero negro.

Al llegar a la estación tomó un taxi, que salió lentamente del aparcamiento.

Rose conocía al taxista. Había trabajado gratis para su padre dos años antes y charló con él a pesar de que estaba ausente.

Estaba agotada.

Así que en un momento dado cerró los ojos y no se dio cuenta de que llegaba a casa hasta que notó que el taxi aminoraba la velocidad. Entonces, abrió los ojos y vio un reluciente y elegante coche rojo en el camino.

Capítulo 10

ART SALIÓ del coche antes de que se abriese la puerta del pasajero del taxi. Había estado esperando más de una hora y, si bien había estirado las piernas un par de veces, estaba agarrotado y tenso.

Al ver a Rose, se sintió tranquilo por primera vez desde que había salido de Londres.

No… más bien desde que ella había vuelto a entrar en su vida, si no antes.

Tenía las ideas muy claras.

Vio cautela en su mirada y se acercó a ella antes de que se diese media vuelta y desapareciese.

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió Rose mientras pagaba al taxista, que los observaba con interés–. Gracias, Stephen, no te entretengo más, seguro que Jenny y los niños están deseando que llegues a casa.

–¿Es ese el tipo importante del que lleva semanas hablando?

–No tengo ni idea, Steve. No sé a cuántas personas importantes habrá conocido Jenny últimamente…

Rose cerró la puerta con fuerza y se agachó hacia Stephen.

–Dale un abrazo de mi parte y dile que hemos conseguido la financiación para la biblioteca, que puede empezar a escoger los colores para el nuevo espacio infantil.

Rose estaba intentando ganar tiempo, pero Steve se marchó y ella se quedó sola.

–Llevo esperándote más de una hora.

Por primera vez en toda su vida, Art estaba nervioso. Le había costado reconocer la sensación. No podía apartar la vista de ella. Quería meterse en su cabeza y leerle el pensamiento, pero su expresión era fría y distante y él se preguntó… qué iba a hacer.

Se acercó y la vio retroceder. Era evidente que tenía cierto efecto en ella y eso era bueno porque, a juzgar por su expresión, no le importaba nada.

–Siento haberte hecho esperar –le respondió Rose en tono gélido–. Todavía no me has contado qué haces aquí.

–Yo…

Art sacudió la cabeza, apartó la mirada, se pasó una mano por el pelo y después volvió a mirarla.

–No tenía que… haberte dejado marchar… con una idea

equivocada… –consiguió decir.

–No me interesa –murmuró Rose, apartando la mirada–. Eres libre y puedes hacer lo que te plazca. Tienes razón. no me debes ninguna explicación.

–¿Vamos a continuar con la conversación aquí?

–No pensé que estuviésemos manteniendo una conversación. Has venido a darme una explicación que sientes que me debes, pero yo te estoy liberando de esa responsabilidad. Así que no hay ninguna conversación pendiente.

–Se trataba del terreno.

–¿Qué?

–Que la llamada de teléfono era acerca del terreno. Ese terreno que tú quieres proteger de promotores como yo. Quería decirte…

Art apartó la vista un instante.

–¿El terreno? –repitió ella, confundida porque aquello era lo último que había esperado oír–. ¿No estabas hablando con una mujer?

–Soy monógamo –respondió él, esbozando una sonrisa irónica, pero como no sabía cómo iba a salir aquello, volvió a ponerse serio–. ¿De dónde piensas que podría sacar el tiempo para estar con otra mujer? He estado muy ocupado contigo…

–¿Y qué pasa con el terreno?

Art no respondió inmediatamente y Rose se dio la vuelta y empezó a andar hacia la casa.

–Dime que no me has ocultado nada más –añadió en voz baja mientras ambos entraban.

Rose no había querido invitarlo a entrar, pero Art no le había dado elección.

–No tienes la imagen completa –contestó él.

Tenía miedo y sabía que tenía que haber sido sincero desde el principio, pero…

Iba a perderla y si eso ocurría no sabía lo que iba a hacer, porque no se imaginaba la vida sin ella.

Lo había estropeado todo.

–Vas a decirme que ha ido a más, ¿no?

Estaban en la cocina. Rose sintió que necesitaba una copa, pero en su lugar se dispuso a preparar café, necesitaba algo que la mantuviese ocupada para intentar calmarse, se había puesto nerviosa al darse cuenta de que Art había vuelto a engañarla.

Se preguntó si se había acostado con ella por segunda vez para después revelarle sus planes con el terreno que había comprado.

Sintió náuseas.

–No querías solo un puñado de casas de lujo con mucho terreno a su alrededor, ¿verdad? Eso no tendría sentido financiero. Supongo que cuantas más casas, más beneficio. Por si todavía no eras lo suficientemente rico.

Se acercó a la mesa, en la que ya no había pancartas, y se dejó caer sobre una silla.

–Demasiado rico –dijo él, sentándose a su lado.

Ella se apartó de manera automática y Art se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, tocándola casi.

–Demasiado rico como para pensar en si voy a sacar más dinero con cien casas o con diez –declaró él, suspirando y mirándola a los ojos–, pero tienes razón. No he sido del todo sincero contigo.

–No quiero oírlo.

–En condiciones normales, eso me vendría bien, no suelo justificarme, pero en esta ocasión…

–¿Quieres que piense que tienes conciencia? –inquirió ella.

–Supongo que no te he dado motivos para confiar en mí.

–Dispara.

–Pero… intentaré empezar por el principio… Ten paciencia porque no sé… no sé cómo funciona esto.

–¿El qué?

–Esto de hablar.

–«¿Esto de hablar?». ¿Qué quieres decir?

Pero Art desprendía vulnerabilidad y Rose sintió pena por él.

–Nunca he tenido mucho tiempo para hablar, Rose. Con mujeres, quiero decir. Siempre he tenido relaciones breves. Cuando te conocí, tenía mis planes, no quería acostarme contigo, pero no lo pude evitar, no controlo la situación cuando estoy contigo.

Rose lo miró y se preguntó si debía derretirse ante semejante admisión.

Pensó que lo tenía demasiado cerca, que necesitaba que retrocediese un poco.

Su cercanía la estaba agobiando.

–Solo tienes que contarme qué más me has ocultado –le dijo en voz baja–.

No quiero oír… cuánto me deseabas…

Art se echó hacia atrás y cerró los ojos, después volvió a abrirlos y la miró en silencio.

–Siempre tuve claro lo que iba a hacer con el terreno. Y tenía que asegurarme de que todo salía bien, teniendo a la gente del pueblo de mi lado.

Para construir las casas, pero también algo más.

–No puedo soportar la idea de que me utilicen, Art. Toda mi vida he cargado con el peso de lo que le ocurrió a mi madre y no soporto la idea de que un hombre me utilice. Mi madre me abandonó por un hombre y, aunque después volvió, yo perdí muchas cosas en ese tiempo, crecí y aprendí muchas lecciones. Una de ellas, que la cabeza tiene que mandar siempre más que el estúpido deseo.

–En eso estamos igual –murmuró Art–. Ambos aprendimos lecciones duras cuando éramos muy jóvenes. Ricos o pobres, nuestras experiencias nos convirtieron en las personas cautas que somos. A mí me gustaba dejarme llevar por el deseo, solo me resistía a algo más. Hasta que apareciste tú.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Rose, dándose cuenta de que estaba conteniendo la respiración y exhalando lentamente para intentar tranquilizarse.

–Me dije que era un error acostarme contigo. Había venido con las cosas muy claras y no quería estropearlas, pero me equivoqué. Después pensé que no había ningún peligro porque, como siempre, yo controlaría la situación.

Ambos éramos adultos y si me acostaba contigo me sería más fácil hacerte cambiar de opinión con respecto a las protestas.

Rose apartó la mirada y Art le tocó el rostro para que volviese a mirarlo.

–Lo cierto es que no podía resistirme a ti. Y tampoco pude olvidarme de ti

cuando volví a Londres. No podía dejar de pensar en ti. Soñaba contigo a todas las horas del día, incluso cuando estaba reunido. Y, no obstante, no me di cuenta de algo que tenía que haberme resultado obvio.

–¿El qué?

–Que, en algún momento, me había enamorado de ti. Por favor, no digas nada porque antes necesito contarte lo del terreno. Cuando hayas oído lo que tengo que decirte, me marcharé, pero… necesitaba que supieses lo que siento.

–Art…

«¿Se había enamorado de ella? ¿De verdad?».

–¿Lo dices en serio?

–No buscaba amor, nunca lo he buscado. Siempre he pensado que amar era de idiotas y que yo nunca iba a ser uno de ellos. No me había enamorado nunca antes y no me había dado cuenta de que el amor nos convierte a todos en idiotas.

–¿Por qué no me lo dijiste? –susurró Rose.

–¿Cómo te lo iba a decir, si ni siquiera yo me había dado cuenta?

–Por favor, cuéntame lo del terreno.

Rose pensó que todo podría haber sido perfecto. El hombre de sus sueños le acababa de declarar su amor y, no obstante, el resto de la historia se cernía como una sombra sobre ellos. Aunque, en aquel instante, Rose pensó que nada podría estropear ese momento.

–Compré el terreno porque quería construir un centro ecuestre en él –empezó Art–. Una especie de granja, no solo casas bonitas y ordenadas.

–¿Qué? ¿Quieres construir una granja? –preguntó Rose con incredulidad.

–Es una larga historia, pero… tengo un hermanastro, José. José es autista y en estos momentos vive en New Forest. Todavía no ha cumplido los veintidós años, pero la casa en la que está no puede mantener a un joven adulto.

–Tienes un hermano…

–Hermanastro. El único que tengo. Su madre no pudo cuidarlo mucho y mi padre ni siquiera sabía de su existencia. Eliza lo guardó en secreto y, cuando pudo, metió al niño en una institución y casi se olvidó de él. Cuando yo lo conocí, me dio pena. Bueno, fue más que pena. Quise protegerlo y acabé queriéndolo. Era una persona sincera y confiada, y con un talento increíble para muchas cosas, pero estaba muy solo. Su madre solo iba a visitarlo de vez en cuando y, cuando se marchó, sentí que yo debía ocuparme de él. Eliza falleció en un accidente de tráfico cuando yo estaba empezando a tener éxito.

Así que sentí que mi misión era asegurarme de que José tenía todo lo que el dinero podía comprar. Yo salvé a José, pero, en cierto modo, él también me salvó a mí.

–Art, no me lo puedo creer.

–No es fácil explicar esto. Solo quiero que comprendas que necesitaba encontrar un terreno en el que construir un centro para José y otros chicos como él. Los caballos lo tranquilizan y le gusta mucho estar al aire libre.

Además, se le dan bien. La granja será una especie de centro terapéutico.

También podrían hacer trabajos manuales. Te sorprendería el talento que tienen algunos de esos chicos.

–Pero ¿por qué no lo has dicho antes?

–¿Al consejo? –preguntó él, arqueando las cejas–. A algunas personas no les gusta tener vecinos diferentes. Y no quería poner el

proyecto en peligro.

Pensé que primero había que ganarse a la comunidad y después serían más tolerantes a la hora de aceptar la verdad.

–Te quiero –le dijo Rose sin más, dándose cuenta de que aquello le mostraba una parte de Art que ella había sabido que existía.

–¿No estás enfadada porque te he mentido otra vez? –le preguntó Art.

–Me gustaría conocer a tu hermanastro algún día.

–Lo conocerás, pero antes tienes que prometerme algo.

–¿El qué? –preguntó Rose, acercándose a él y jugando con sus dedos.

Alargó la mano y le acarició el rostro con el dorso de la mano. Luego se inclinó más y lo besó en los labios muy despacio, con ternura.

–Prométeme que te casarás conmigo –le dijo Art–. Porque no me puedo imaginar la vida sin ti. Quiero dormir contigo y despertarme todos los días a tu lado. No quiero que te marches de mi lado jamás.

–Sí –respondió ella–. Y mil veces sí.

Se casaron cuando estaban terminando las reformas de la biblioteca.

Habían planeado una boda sencilla e íntima, pero poco a poco fueron invitando a más personas. Y todo el pueblo quería asistir.

Para la ocasión, Rose se puso un vestido de color crema y se adornó el pelo con flores de seda, y jamás olvidaría la expresión de Art al verla llegar a la pequeña iglesia.

Y después…

Seis meses después su vida no podía ser mejor. Para empezar, en la casa ya no había goteras. Habían hecho una reforma total y albergaba las oficinas de varias empresas que acababan de empezar, además de un gabinete legal con Phil al frente.

Rose ya no vivía allí, pero cada vez que volvía, se maravillaba del cambio.

–En realidad, creo que nunca la vi como mi casa –le había confesado a Art pocas semanas después de marcharse, poco antes de la boda–. Aunque lo fuese. En realidad, la asociaba a una etapa de mi vida que me traía malos recuerdos, así que, aunque me alegra haberla reformado, prefiero no seguir viviendo en ella.

En esos momentos vivía en un lugar maravilloso. Una casa de campo a las afueras de Londres, con una estación de tren muy cerca, para poder ir a la ciudad y también a ver a José a Cotswolds.

Rose se había enamorado de la casa nada más verla.

Tenía al marido de sus sueños y una casa a juego, y había pensado que la vida no podía ser mejor, pero se había equivocado.

Oyó la puerta y se le aceleró el corazón.

Se levantó a saludar a Art y sonrió al ver amor y deseo en su mirada.

–Si me recibes así, ya sabes que habrá consecuencias –le advirtió él, abrazándola.

–¿Así? ¿Cómo?

–Ya sabes… en vaqueros, con una camiseta sin mangas y chanclas…

–Ah, tan elegante, quieres decir.

–Veo que ya has preparado la cena –comentó Art, mirando hacia la mesa de la cocina, en la que había velas encendidas–. ¿Qué se me ha olvidado? No es nuestro cumpleaños ni nuestro aniversario, salvo que sea el aniversario de cuando decidiste que yo era lo mejor que te había pasado en la vida.

–Con el tiempo vencerás a tu ego, Arturo da Costa.

Él se echó a reír.

–No me mantengas en vilo. Si fueses otra mujer, pensaría que me estás preparando para anunciarme que has comprado algo muy caro, pero tú no eres como las demás y yo doy gracias a las estrellas todos los días por haberte encontrado.

Rose lo llevó hasta la cocina.

–Champán –murmuró Art al ver la botella en la encimera–. Ahora sí que estoy empezando a preocuparme.

–No te preocupes. Tenía que haberme vestido para la ocasión, pero he preferido estar cómoda en vez de elegante.

–No me distraigas.

–El champán es para ti. Yo beberé agua esta noche y… durante los próximos nueve meses, más o menos.

–¿Me estás diciendo lo que pienso que me estás diciendo?

–Estoy embarazada.

Art la abrazó con fuerza durante varios minutos.

–El día no podía terminar mejor, mi amor. Te quiero mucho, mucho.

–Y yo a ti. Ahora y siempre.